

LEYENDA DE DON JUAN MANUEL DE SOLÓRZANO



LA LEYENDA DE DON JUAN MANUEL DE SOLÓRZANO

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

El doctor Rodrigo Bernal Cienfuegos, historiador especializado en mitos y tradiciones del periodo colonial novohispano, lleva años estudiando la figura de Don Juan Manuel de Solórzano: un caballero criollo de la Ciudad de México del siglo XVII que, según la tradición oral persistente desde aquella época, hizo un pacto con el demonio para descubrir la infidelidad de su esposa y asesinó a decenas de transeúntes nocturnos con una daga sarracena después de preguntarles la hora. El caso tiene la particularidad de estar en el límite exacto entre el registro histórico y la leyenda urbana: Don Juan Manuel existió, hay indicios documentales que lo prueban, pero el pacto, los crímenes y la daga nunca han podido ser ni confirmados ni refutados del todo. Lo que Bernal Cienfuegos no esperaba, al iniciar su investigación académica, era tropezar con Enrique de Solórzano y Vélez, descendiente en decimocuarta generación del caballero asesino, un abogado joven que atraviesa el peor momento de su vida y que encuentra en la historia de su linaje no un dato genealógico sino una puerta. Lo que ocurre cuando Enrique la abre no tiene explicación racional satisfactoria. Una daga que siempre estuvo en su vitrina. Un dedo amputado con dos historias incompatibles y ambas verificables. Un vendedor de billetes que no existe para nadie más. Una placa firmada por una mujer muerta que parece haberle escrito a un nieto que nunca conoció. Y un documento en el Archivo General de la Nación, firmado por Don Juan Manuel de Solórzano, que ningún paleógrafo ha podido fechar con certeza. La novela es, en su superficie, una historia de misterio y suspenso ambientada entre el México colonial del siglo XVII y la Ciudad de México contemporánea. En su fondo, es una meditación sobre la naturaleza de las leyendas, la herencia que no se elige, y la incomodísima posibilidad de que haya cosas en este mundo que ninguna disciplina humana alcanza a explicar del todo.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene referencias a violencia física, incluida la mutilación de un personaje secundario, descritas con sobriedad narrativa y sin propósito sensacionalista. Contiene también representaciones de pactos con fuerzas sobrenaturales, sueños de contenido perturbador y situaciones de angustia psicológica sostenida. El tono general es de suspenso y misterio con capas históricas documentadas. No contiene lenguaje explícito ni contenido sexual. Apta para lectores adultos con interés en la historia colonial mexicana, el folclor urbano y la narrativa de lo inexplicable.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Ha publicado más de cien novelas en géneros que van de la novela histórica a la aventura cómica, pasando por la narrativa coral, la novela de ideas y la ficción contrafactual. Su obra tiene como hilo conductor la vocación didáctica: cada novela propone al lector, junto con una trama de interés sostenido, una inmersión en un campo del conocimiento humano que vale la pena explorar. *La leyenda de Don Juan Manuel de Solórzano* es su primera incursión en el género del misterio con capas históricas coloniales. Contacto: wrangel.1352@gmail.com.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La leyenda de Don Juan Manuel de Solórzano Autor: Salvador Rangel Abud Género: Novela de misterio y suspenso con capas históricas Subgénero: Novela histórica / Ficción especulativa / Lo fantástico Ambientación: Ciudad de México, siglo XVII y 2024 Narrador: Rodrigo Bernal Cienfuegos, historiador especializado en tradiciones coloniales novohispanas Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo Extensión aproximada: 22,000 palabras Estilo literario de referencia: Arturo Pérez-Reverte Idioma: Español Licencia: CC BY-NC-ND 4.0

NOTA DEL AUTOR

La leyenda de Don Juan Manuel de Solórzano es real. Existe en la memoria oral de la Ciudad de México desde el siglo XVII y ha sido recogida por cronistas, historiadores y estudiosos del folclor urbano novohispano en distintas épocas. Los archivos y bibliotecas que aparecen en esta novela existen y pueden visitarse. Los títulos académicos y los textos citados por los personajes son reales. Lo que es ficción son los personajes, sus historias personales, sus conversaciones y los eventos sobrenaturales o inexplicables que rodean la trama. El autor ha intentado, en todo momento, que la frontera entre lo histórico y lo ficcional sea tan borrosa como lo es la frontera entre la leyenda y la realidad en la que se inspira, porque esa borrosidad es precisamente el tema de este libro.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción y distribución del texto completo para fines no comerciales, siempre que se cite al autor y la fuente de manera explícita y que no se realicen modificaciones al texto original. Queda expresamente

prohibida la reproducción parcial con fines comerciales y la creación de obras derivadas sin autorización escrita del autor.

PALABRAS CLAVE

Leyenda colonial mexicana, Nueva España, Ciudad de México siglo XVII, pacto con el demonio, historia y misterio, folclor urbano novohispano, daga sarracena, herencia y destino, lo inexplicable, archivos históricos, genealogía, misterio histórico, suspenso, narrador historiador, Santo Oficio, Inquisición novohispana, memoria colectiva, tradición oral.

TEMAS PRINCIPALES

La novela explora la persistencia de las leyendas como forma de conocimiento cultural que sobrevive a los sistemas racionales que intentan desplazarla. Examina la relación entre herencia biológica y herencia psicológica, preguntando si lo que transmiten los linajes puede ser algo más que genes y apellidos. Aborda la desesperación como motor de decisiones que la razón ordinaria no puede explicar ni justificar del todo, y la manera en que esa desesperación une a hombres de épocas radicalmente distintas en una misma lógica. Reflexiona sobre los límites del método histórico frente a experiencias que los documentos no pueden contener, y sobre la responsabilidad del investigador que se convierte, sin haberlo planeado, en parte de lo que investiga. Finalmente, plantea la pregunta que subyace a toda la novela: si hay cosas en este mundo que ocurren según una lógica que no podemos acceder del todo, ¿cuál es la actitud más honesta frente a ellas?

CITAS DESTACADAS

"Las leyendas saben cosas que nosotros hemos olvidado. No siempre es posible saber qué cosas, ni de qué manera las saben. Pero esa ignorancia nuestra no cancela su saber."

"Un hombre que pacta para saber algo, no para tener algo, es un hombre al que ya no le importa lo que le pase después. Eso es bastante más aterrador que cualquier ambición."

"Cuando algo no te pide nada es porque está esperando el momento en que lo que quiere pedir valga más."

"La tragedia no está en elegir el mal sabiendo que es el mal. Está en creer que no hay otra salida y descubrir, demasiado tarde, que el precio era más alto de lo que uno calculó."

"No es lo que pregunta. Es que alguien, en algún lugar de la noche, podría estar esperando la respuesta."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores de Arturo Pérez-Reverte, en particular de *El club Dumas* y *La tabla de Flandes*, encontrarán en esta novela una estructura familiar: el investigador que persigue un objeto cargado de historia y que descubre, demasiado tarde, que el objeto lo ha estado persiguiendo a él. La presencia de lo sobrenatural no explicado evoca a Henry James en *Otra vuelta de tuerca* y a Shirley Jackson en su manejo de la ambigüedad entre lo psicológico y lo paranormal. El componente histórico colonial conecta con la tradición de la narrativa latinoamericana que trabaja la memoria y el peso del pasado sobre el presente, aunque sin el registro del realismo mágico sino con la sobriedad documental de quien escribe desde la historia. Los aficionados al género de misterio histórico con fundamento documental sólido, como el de *El nombre de la rosa* de Umberto Eco, encontrarán en la investigación de Bernal Cienfuegos una satisfacción similar.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿En qué medida la desesperación de Enrique es comparable a la de Don Juan Manuel? ¿Qué dice esa comparabilidad sobre la naturaleza humana a través del tiempo? ¿Cree usted que los eventos inexplicables de la novela tienen una explicación racional que el narrador no encuentra, o que genuinamente no la tienen? ¿Cómo afecta esa ambigüedad a su lectura? ¿Qué papel juega Higinia Talavera de Solórzano en la estructura de la novela? ¿Es su legado una trampa o una protección? ¿Qué significa que Bernal Cienfuegos encuentre en su propio cuaderno frases que no recuerda haber escrito? ¿Lo convierte eso en un narrador confiable o en uno cuestionable? ¿Qué hace usted con algo que no puede explicar pero que tampoco puede ignorar? ¿En qué se parece o difiere esa actitud de la de los personajes de esta novela?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

Rangel Abud, Salvador. *La leyenda de Don Juan Manuel de Solórzano*. México, 2025. Licencia CC BY-NC-ND 4.0. Contacto del autor: wrangel.1352@gmail.com.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento cincuenta novelas publicadas en géneros diversos, entre las que destacan *La moneda está en el aire* (aventura cómica didáctica sobre el peso Mulleto del siglo XIX), *El último rojo del Soviet* (novela de ideas ambientada en una cantina de la Roma), *Una España siempre en llamas* (novela coral sobre la Guerra Civil española y sus consecuencias hasta el presente), *Las voces de la razón* (seminario filosófico en La Sorbona), *La república que pudo haberse sembrado* (novela contrafactual sobre el México que no fue), *La sangre del*

norte (novela genealógica sobre el linaje del Barón von Wrangel) y *Esto es lo que hicimos de México* (novela coral de historia nacional).

MENSAJE FINAL

Esta novela nació de una pregunta sencilla y sin respuesta: ¿por qué ciertas leyendas persisten durante siglos sin que nadie pueda probarlas ni deshacerlas? La respuesta, si es que la hay, está en las páginas que usted acaba de leer. O en las que está a punto de leer. O en ese espacio entre las dos cosas donde las leyendas guardan lo que saben, esperando con una paciencia que hace que cualquier impaciencia nuestra parezca completamente prescindible. Gracias por haber llegado hasta aquí. Y si alguna vez camina por la calle de Uruguay de noche y alguien le pregunta la hora, recuerde que la respuesta más prudente es no darla.

ÍNDICE

PRÓLOGO:	La frontera entre la historia y la leyenda
CAPÍTULO 1:	El caballero de la calle de Uruguay
CAPÍTULO 2:	El décimo cuarto nieto
CAPÍTULO 3:	El pacto como tecnología de la desesperación
CAPÍTULO 4:	Las bibliotecas de la duda
CAPÍTULO 5:	La casona de Chimalistac
CAPÍTULO 6:	El hurto
CAPÍTULO 7:	Los deseos que se cumplen
CAPÍTULO 8:	Isidro
CAPÍTULO 9:	El dedo que no estaba
CAPÍTULO 10:	La devolución
CAPÍTULO 11:	La placa que siempre estuvo
CAPÍTULO 12:	Lo que el historiador no pudo escribir

EPÍLOGO: ¿Verdad o leyenda?

LA LEYENDA DE DON JUAN MANUEL DE SOLÓRZANO

Por: Salvador Rangel Abud

Prólogo

La frontera entre la historia y la leyenda

Llevo veinte años estudiando las leyendas de la Nueva España y todavía no he encontrado una manera satisfactoria de explicarle a alguien ajeno a mi oficio en qué consiste exactamente lo que hago. Cuando digo que soy historiador, la gente asume que trabajo con hechos verificables, con fechas, con nombres que pueden rastrearse en un registro parroquial o en un expediente de archivo.

Cuando digo que me especializo en mitos y tradiciones coloniales, la gente asume que trabajo con fantasías ordenadas, con el folclor encuadrado y domesticado que puede exhibirse en una vitrina de museo. La verdad, que he tardado dos décadas en aceptar, es que trabajo en el espacio que hay entre ambas cosas, y que ese espacio es mucho más vasto y mucho más oscuro de lo que cualquiera de los dos bandos estaría dispuesto a reconocer.

Las leyendas urbanas de la colonia en la Nueva España tienen una característica que las distingue de otros géneros del folklore: su pertinacia. No desaparecen. No se disuelven con la educación ni con el escepticismo

ni con el paso de los siglos. Se transforman, se adaptan, encuentran nuevos vehículos en cada generación, pero permanecen.

Un etnólogo diría que eso prueba su función social: las leyendas persisten porque responden a necesidades que la razón no puede satisfacer del todo. Un psicólogo añadiría que son el idioma con que las culturas procesan lo que no puede nombrarse de otra manera, el recipiente donde cabe lo que ninguna categoría oficial admite. Ambos tendrían razón, y ambos se quedarían cortos.

Porque hay algo que el análisis funcional no explica: por qué ciertas leyendas producen en quien las escucha una incomodidad que no cede, un residuo que se instala en algún lugar entre la memoria y el instinto y que no puede ser desalojado completamente por ningún argumento racional. No es miedo exactamente, aunque el miedo forme parte de ello.

Es algo más parecido a la sospecha. La sospecha de que tal vez la frontera entre lo que ocurrió y lo que se dice que ocurrió no es tan nítida como la academia quisiera, y de que hay preguntas frente a las cuales el método histórico guarda silencio, no por incapacidad técnica, sino porque las preguntas mismas lo desbordan.

La figura de Don Juan Manuel de Solórzano es, en mi experiencia de veinte años, el caso más perturbador que conozco de esa zona fronteriza.

Don Juan Manuel existió. Hay indicios documentales en el Archivo General de la Nación y en los registros del Santo Oficio que lo confirman, aunque ninguno con la contundencia que un historiador riguroso desearía. Fue un hombre de posición acomodada en la Ciudad de México del siglo XVII, miembro de la élite criolla o peninsular, con el apellido, la casa y el honor que su clase exigía. Hasta ahí, la historia.

A partir de ahí, la leyenda: un pacto con el demonio, una daga sarracena con mango de marfil e inscripciones moriscas, noches de crímenes rituales en las inmediaciones de la calle de Uruguay, y una pregunta formulada a los transeúntes antes del golpe. Una pregunta que era, en el relato oral que ha sobrevivido cuatro siglos con asombrosa consistencia, tan parte del ritual como la daga misma: sencilla, casi cortés, y por eso mismo aterradora.

El pacto no puede probarse. Los crímenes no pueden confirmarse con la precisión que requeriría un proceso judicial. La daga existe, o al menos existe un objeto que la tradición identifica como tal, resguardado hoy en un pequeño museo de la colonia Chimalistac que alguna vez fue la casa de la última descendiente directa conocida de Don Juan Manuel.

Que ese objeto sea la daga que la leyenda describe, o simplemente una pieza de la época a la que la memoria colectiva ha atribuido una historia más grande que ella misma, es algo que ningún peritaje ha podido determinar de manera concluyente. Los especialistas en armamento morisco del periodo ofrecen fechas que son compatibles con la leyenda

pero no la confirman. El origen de la pieza se pierde en una cadena de posesiones que no ha podido reconstruirse del todo.

Eso es exactamente lo que hace al caso tan difícil de abandonar.

Comencé a investigar a Don Juan Manuel de Solórzano con la intención de escribir un artículo académico sobre la construcción del miedo urbano en la Nueva España, un estudio sobre cómo ciertas leyendas funcionan como mecanismos de regulación del espacio público nocturno, pedagogías del temor codificadas en forma de relato oral.

Un argumento sólido, defendible, con aparato crítico y fuentes primarias, del tipo que se publica en revistas especializadas y se cita en congresos. Ese artículo nunca se escribió. En su lugar está lo que el lector tiene en las manos, que es algo diferente y que me ha costado bastante más trabajo del que estoy dispuesto a reconocer en un texto que lleva mi nombre.

Lo que ocurrió en el curso de esa investigación fue que me encontré con Enrique de Solórzano y Vélez.

No busqué a Enrique. Llegué a él por el camino que siempre lleva a las personas más interesantes: por accidente, siguiendo una pista que apuntaba hacia otro lado. Enrique es abogado de profesión, descendiente en decimocuarta generación de Don Juan Manuel, y en el momento en que nuestros caminos se cruzaron atravesaba el período más oscuro de su vida adulta. Había perdido trabajo, amor, y la ilusión de que el esfuerzo y el mérito son monedas que el mundo acepta sin descuento.

Lo que había encontrado en cambio, al revisar documentos de su familia que su madre difunta había guardado sin explicación aparente, era la historia de su antepasado colonial. Y la historia de su antepasado colonial, para un hombre en ese estado de ánimo y en ese momento de su vida, no era un dato genealógico. Era una puerta.

Lo que Enrique hizo después de abrir esa puerta, y lo que le sucedió mientras la atravesaba, es el corazón de este libro. No voy a anticiparlo aquí porque sería un agravio al lector, y porque parte de lo que hace a esta historia tan difícil de contar es precisamente su secuencia: la manera en que cada paso parece perfectamente lógico desde el anterior y completamente absurdo desde fuera, la manera en que la obsesión se construye ladrillo por ladrillo hasta que la estructura que ha levantado ya no puede distinguirse del todo de la realidad que habita.

Lo que sí diré es esto: hay en la historia de Enrique de Solórzano y Vélez episodios que no tienen explicación racional satisfactoria. No porque yo los haya alterado o dramatizado para aumentar su efecto literario, sino porque los hechos, tal como los reconstruí a partir de mis propias pesquisas, de documentos históricos y de conversaciones directas con las personas involucradas, se resisten a cualquier interpretación que los contenga del todo. Un dedo amputado que tiene dos historias incompatibles entre sí y ambas verificables por separado. Un vendedor de billetes que no existe para nadie más que para quien le compró. Una daga

que parece haber estado siempre en su vitrina aunque hay razones para dudar de eso. Una placa firmada por una mujer muerta que parece haberle escrito a un nieto al que nunca conoció.

Podría decir que son coincidencias. Podría decir que la memoria humana es frágil y que los testimonios contradictorios son la norma, no la excepción. Podría construir una interpretación de la conducta de Enrique que no requiriera ningún elemento que trascendiera lo ordinario. He intentado cada una de esas salidas. Ninguna me ha dejado completamente tranquilo.

Al final de mi investigación, yo mismo tuve una experiencia que no sé cómo clasificar. No con el demonio, al menos no con ninguna representación reconocible de esa figura. Sino con algo más banal y por eso mismo más inquietante: un documento en un archivo donde he pasado centenares de horas, que no debería estar ahí, con una firma que ningún especialista ha podido ubicar en ningún período con certeza.

Lo que decía ese documento prefiero no reproducirlo. He llegado a creer que hay cosas que ganan poder en el momento en que se nombran, y que la prudencia más elemental consiste en no darles más superficie de la estrictamente necesaria.

El lector que llegue a esta historia buscando entretenimiento encontrará suficiente material para justificar su tiempo. Hay suspenso, obsesión, violencia contenida y una extraña forma de redención cuya naturaleza él tendrá que juzgar por sí mismo. Pero el lector que llegue buscando respuestas claras hará bien en ajustar sus expectativas desde ahora. Este libro no las tiene. No porque yo las haya ocultado por efecto literario, sino porque genuinamente no las encontré.

Soy suficientemente honesto, después de veinte años en esta profesión, para admitir que hay casos en los que la ausencia de respuesta no es un fracaso del método. Es el método mismo señalando sus propios límites.

Las leyendas saben cosas que nosotros hemos olvidado. No siempre es posible saber qué cosas exactamente, ni de qué manera las saben. Pero esa ignorancia nuestra no cancela su saber. Solo nos recuerda, con una pertinacia que se parece demasiado a la de las leyendas mismas, que el mundo es bastante más grande que las categorías que hemos construido para describirlo.

Con esa advertencia, y con el respeto que le debo al lector y a los hechos tal como los reconstruí, presento lo que sigue.

Rodrigo Bernal Cienfuegos Ciudad de México

Capítulo 1

El caballero de la calle de Uruguay

Ciudad de México, siglo XVII. Ciudad de México, 2024.

La primera vez que encontré el nombre de Don Juan Manuel de Solórzano fue en un margen. No en el cuerpo de un documento, no en un expediente formal, sino en la orilla de una hoja del Archivo General de la Nación, escrito con una letra apretada y oblicua que no correspondía a la del amanuense principal.

Una anotación añadida después, por una mano distinta, con una tinta que había envejecido de manera diferente al resto del texto. Solo decía: *véase lo del caballero de Uruguay, lo de la hora y la daga*. Nada más. Sin fecha, sin firma, sin contexto que explicara a qué expediente principal se refería ni quién lo había escrito.

Le pregunté ese mismo día al archivista de turno, un hombre delgado de apellido Fuentes que llevaba en aquel sótano más años de los que parecía razonable.

—¿Don Juan Manuel de Solórzano? —repitió, sin levantar los ojos de lo que estaba catalogando—. El de la leyenda.

—¿Qué leyenda? —pregunté, aunque algo en mi tono debió delatar que ya intuía la respuesta.

—La del que mataba a los que pasaban por la calle de Uruguay. De noche. Después de preguntarles la hora. —Fuentes levantó entonces la vista y me miró con la expresión de quien está a punto de decir algo que ha dicho muchas veces y que ya no le produce ninguna emoción particular—. Lo del pacto con el diablo, doctor. ¿No lo conoce?

—No con ese nivel de detalle —admití—. ¿Hay expediente?

—Hay indicios —dijo Fuentes—. Expediente como tal, ninguno que yo haya visto en treinta años aquí abajo. Pero la anotación que encontró usted no es la única. Hay dos más en fondos distintos. Siempre la misma letra, siempre sin firma. Como si alguien hubiera querido dejar rastro sin querer dejarlo del todo.

Se levantó con el crujido de quien ha pasado demasiadas horas en la misma silla y fue a buscar algo entre los anaqueles con la seguridad de quien conoce cada centímetro de ese espacio sin necesidad de leer los rótulos. Regresó con una carpeta delgada y la depositó sobre la mesa con una suavidad que parecía excesiva para algo tan antiguo.

—Llévese estas copias —me dijo—. Son de los otros dos márgenes. No se las presto oficialmente porque técnicamente son material de consulta restringida, pero usted tiene credencial de investigador y yo tengo memoria corta. —Hizo una pausa y añadió, sin ningún énfasis especial—: Nomás no me vaya a meter en líos.

Esa noche leí las tres anotaciones juntas por primera vez. La letra era idéntica en las tres. La tinta, según pude estimar por el color y la degradación, correspondía a mediados del siglo XVIII, más de un siglo después de los eventos que la leyenda situaba en 1641.

Alguien, cien años después, había ido dejando esas marcas en documentos distintos de fondos distintos. Alguien que sabía dónde buscar y que quería que otro, en algún momento posterior, también supiera dónde mirar. Los indicios documentales que fui reuniendo en los meses siguientes eran exactamente eso: suficientes para que la existencia de Don Juan Manuel no pudiera descartarse, insuficientes para que pudiera afirmarse con la precisión que la historia como disciplina exige.

Un registro de propiedad en la Nueva España del siglo XVII con el apellido Solórzano vinculado a una casa en las inmediaciones de lo que hoy es el centro histórico.

Una mención lateral en un proceso inquisitorial de 1641, no como acusado sino como referencia geográfica: *en la calle donde vive el caballero Solórzano*. Y esa anotación marginal, sin firma y sin fecha, que había sido lo primero que encontré y que siguió siendo, en cierto modo, lo más inquietante de todo.

Para entender la historia de Don Juan Manuel hay que entender primero la ciudad en que vivió, que era una ciudad completamente distinta de la que habitamos y al mismo tiempo reconociblemente la misma. La Ciudad de México del siglo XVII era una construcción superpuesta sobre las ruinas de Tenochtitlan, una ciudad que cargaba sobre sus cimientos la memoria de otra ciudad y que resolvía esa contradicción fundacional con la única herramienta que tenía: el orden.

Un orden jerárquico, rígido, sostenido por la Iglesia, la Corona y una serie de convenciones sociales tan internalizadas que habían dejado de sentirse como imposición para convertirse en la textura misma de la realidad cotidiana.

En ese orden, el honor era una moneda. No una metáfora de moneda: una moneda real, con valor de cambio real, que podía ganarse, perderse, heredarse y robarse. Y el honor de un caballero criollo de la élite dependía, entre otras cosas, de la conducta de su esposa con una literalidad que hoy resulta difícil de comprender sin un esfuerzo deliberado de imaginación histórica.

La sospecha de infidelidad no era un asunto privado. Era una quiebra pública, una herida en el tejido social que el marido tenía no solo el derecho sino la obligación de reparar. En ese contexto, la paranoia de Don Juan Manuel no era una aberración individual sino el sistema llevado hasta su conclusión más extrema.

Lo que vino después me lo explicó, semanas más tarde, la doctora Inés Maldonado, especialista en procesos inquisitoriales novohispanos de El Colegio de México, con quien compartí las fotocopias de Fuentes una tarde lluviosa en su cubículo del quinto piso.

—Lo interesante no es que haya hecho un pacto —me dijo Maldonado, examinando las anotaciones con una lupa pequeña que sacó del cajón con movimientos automáticos—. Lo interesante es el tipo de pacto. En los

expedientes inquisitoriales del XVII hay decenas de casos de personas que supuestamente pactaron con el demonio. Casi todos piden lo mismo: riqueza, amor, poder. Este no.

—Este pide información —dije.

—Exacto. —Maldonado dejó la lupa sobre el escritorio y me miró fijamente—. Y eso lo hace completamente distinto. Un hombre que pacta para saber algo, no para tener algo, es un hombre al que ya no le importa lo que le pase después. Eso es bastante más aterrador que cualquier ambición.

—¿Y los crímenes? ¿La pregunta de la hora?

—Eso es lo que el demonio pide a cambio, según la tradición. Y también es inusual. En los pactos documentados por la Inquisición, el demonio casi siempre quiere el alma. En este caso quiere actos. Quiere que el hombre haga algo, no que le entregue algo. —Maldonado hizo una pausa antes de agregar, con una sequedad que no era descortesía sino precisión—: Como si lo que le interesara no fuera poseer al hombre sino usarlo.

Me fui de ese cubículo con más preguntas de las que había llevado, que es la señal más confiable de que una conversación valió la pena.

Conviene detenerse aquí porque la palabra pacto tiene hoy connotaciones que distorsionan lo que significaba en el siglo XVII. Para un hombre de esa época, el demonio no era una figura alegórica ni un símbolo psicológico. Era una entidad real que operaba en el mundo con una efectividad que la propia Inquisición reconocía implícitamente al perseguir a quienes intentaban relacionarse con él.

El pacto no era un acto de locura: era, en términos lógicos dentro de esa cosmovisión, una decisión racional de alguien que aceptaba las consecuencias espirituales de su elección a cambio de algo que de otro modo no podía obtener. Lo que distinguía a Don Juan Manuel no era haber cruzado una frontera desconocida. Era haber cruzado una que todos conocían y que casi nadie se atrevía a cruzar.

Lo que el demonio le habría pedido a cambio, según el relato oral, no era el alma en los términos grandilocuentes que la literatura posterior popularizaría. Era algo más sencillo y más oscuro: salir cada noche a una hora determinada, preguntar la hora al primer transeúnte que encontrara, y matarlo con la daga que el propio demonio le proporcionó.

Una daga sarracena, tipo khanjar, con mango de marfil e inscripciones en árabe que nadie en la ciudad habría podido leer, un arma cuyo lenguaje era ilegible para quien la usaba, como si el demonio hubiera querido asegurarse de que el instrumento le perteneciera de una manera que Don Juan Manuel nunca pudiera reclamar del todo.

Hay una versión del relato, recogida por el cronista Francisco Sedano en el siglo XVIII a partir de testimonios que ya entonces tenían varias generaciones de antigüedad, que describe la escena con un detalle que ningún cronista habría tenido motivo para inventar: que Don Juan Manuel

siempre esperaba la respuesta completa antes de actuar. Que nunca interrumpía.

Que había en ese gesto, en esa cortesía monstruosa de escuchar hasta el final lo que ya había decidido ignorar, algo que los testigos describen con una palabra que se repite en distintas versiones del relato: *ceremonia*. Como si cada asesinato fuera un rito que requería cumplirse en todos sus pasos para tener efecto. Como si interrumpir la respuesta hubiera invalidado algo.

El colega que más me ayudó a procesar ese aspecto fue el doctor Armando Pedraza, de la facultad de historia de la UNAM.

—El ritual importa —me dijo Pedraza una tarde, caminando conmigo por el corredor de la facultad con los brazos cruzados y el paso lento de quien piensa mejor en movimiento—. En cualquier sistema mágico, el ritual no es el envoltorio del acto. Es el acto mismo. Si Don Juan Manuel interrumpía, si se saltaba un paso, el pacto no se cumplía. El demonio no cobraba. Y si el demonio no cobraba, Don Juan Manuel no obtenía lo que buscaba.

—Pero nunca obtuvo lo que buscaba —señalé—. La leyenda no dice que haya descubierto la verdad sobre su esposa.

—No —concedió Pedraza, deteniéndose frente a una ventana—. Dice que siguió matando. Lo cual es, si lo piensa bien, la descripción más precisa del infierno que he escuchado en mucho tiempo: hacer lo mismo indefinidamente sin que sirva para nada.

La leyenda tampoco tiene un final claro, y esa ausencia de cierre es, a mi juicio, una de las razones de su persistencia. Don Juan Manuel no es arrestado. No aparece en ningún proceso judicial como acusado de los crímenes que la tradición oral le atribuye. Simplemente deja de aparecer.

Las crónicas de violencia nocturna en las inmediaciones de la calle de Uruguay se interrumpen sin explicación registrada, como si la ciudad hubiera decidido colectivamente dejar de hablar de algo que no sabía cómo nombrar. Me he preguntado muchas veces qué pensaría el primer hombre que escuchó esa pregunta en la oscuridad.

Si habría algo en la voz de Don Juan Manuel que le advirtiera, en el segundo anterior, que algo estaba irremediablemente mal. O si la muerte llegó con la misma banalidad con que llega casi siempre: sin señales, sin la oportunidad de entender. No puedo saberlo. Nadie puede.

La calle de Uruguay existe todavía, con la normalidad resignada de todas las calles del centro histórico que han sobrevivido a demasiadas cosas para seguir pareciéndose a lo que fueron. Los comercios ambulantes se retiran después de las ocho y dejan el pavimento a los pocos peatones que cruzan a esa hora con el paso apresurado de quien prefiere no detenerse.

Una noche decidí caminarla antes de tomar el metro. Me planté en el tramo entre el eje central e Isabel la Católica y esperé, sin saber bien qué

esperaba. Un hombre de mediana edad que cargaba una bolsa de plástico se detuvo a encender un cigarro y me miró con la desconfianza razonable de quien encuentra a alguien inmóvil en una calle semivacía de noche.

—Perdone —le dije, antes de darme cuenta de lo que estaba a punto de preguntar—. ¿Qué hora tiene?

El hombre consultó su teléfono con el gesto cansado de quien ya quiere llegar a su casa.

—Las once y cuarto —dijo, y siguió caminando.

Me quedé ahí un momento más, con una incomodidad que no era miedo sino algo más cercano a la vergüenza. No supe entonces, y no lo sé todavía, si lo había hecho por descuido o a propósito.

Solo sé que entendí, de una manera que ninguna fuente de archivo me había dado, por qué esa pregunta llevaba cuatro siglos instalada en la memoria de la ciudad. No es lo que pregunta. Es que alguien, en algún lugar de la noche, podría estar esperando la respuesta.

Capítulo 2

El décimo cuarto nieto

Ciudad de México, 2024.

Encontré a Enrique de Solórzano y Vélez de la manera en que uno encuentra las cosas que terminan cambiándole la vida: sin buscarlas, siguiendo un hilo que apuntaba hacia otro lado. Llevaba varios meses rastreando los registros genealógicos de familias criollas del siglo XVII cuando el apellido Solórzano apareció vinculado a un árbol familiar incompleto que alguien había cargado en una plataforma de genealogía digital. El perfil tenía ramas truncadas y fechas aproximadas, pero en la sección de contacto había una dirección de correo electrónico con un nombre: Enrique de Solórzano y Vélez, Ciudad de México.

Le escribí sin muchas expectativas. Los descendientes de familias coloniales que uno contacta en el curso de una investigación histórica suelen pertenecer a uno de dos tipos: los que saben demasiado y quieren contarlo todo de una vez, y los que no saben nada y no entienden por qué alguien podría interesarse en sus apellidos. Enrique respondió al día siguiente con una brevedad que no anticipaba ninguna de las dos categorías.

Doctor Bernal: recibí su correo. Puedo reunirme el jueves en la tarde si le parece. Dígame dónde.

Nos citamos en una cafetería de la colonia Roma, en una de esas esquinas donde todavía sobreviven los locales de toda la vida entre las nuevas cervecerías artesanales y los restaurantes con nombres en inglés. Enrique llegó puntual, con el aspecto de alguien que ha dormido menos de lo que necesitaba durante bastante tiempo: ojos ligeramente enrojecidos, ropa

correcta pero sin el cuidado de quien tiene razones para impresionar a alguien. Tendría unos treinta años. Se sentó frente a mí con la cautela de quien no sabe todavía si la reunión es buena idea.

—Entonces usted es el que investiga lo de Don Juan Manuel —dijo, sin preámbulo, mientras el mesero nos dejaba los menús.

—Entre otras cosas —respondí—. Llevo tiempo siguiendo la leyenda. Cuando encontré su perfil en la plataforma genealógica pensé que podría tener información que no está en los archivos.

—No sé si tengo información —dijo Enrique—. Tengo apellido. Y tengo una historia que mi madre nunca me quiso contar del todo.

Pedimos café. Enrique puso las manos sobre la mesa con el gesto de quien está a punto de decir algo que ha estado ordenando en su cabeza y que aún no está seguro de cómo va a sonar dicho en voz alta.

—Mi madre murió hace dos años —comenzó—. De complicaciones de diabetes. Cuando fui a revisar sus cosas encontré unas cartas viejas que nunca había visto. No eran de ella. Eran de mi abuela paterna, una señora que se llamaba Higinia Talavera de Solórzano y que murió antes de que yo naciera. Mi madre las había guardado sin decirme nada. No sé por qué.

—¿Las tiene todavía?

—Las tengo. No entiendo todo lo que dicen porque la letra es difícil y el español es raro, de otra época. Pero hay una parte que sí entendí. —Hizo una pausa y me miró con una expresión que no era exactamente miedo sino algo más parecido a la incomodidad de quien está a punto de decir algo que sabe que va a sonar mal—. Habla de Don Juan Manuel. Mi abuela lo menciona como si fuera algo de la familia que todo el mundo sabía y nadie decía.

Eso era exactamente el tipo de fuente que un historiador pasa años buscando sin encontrar: no un documento oficial, no un expediente, sino la memoria doméstica, la que circula en cartas y conversaciones privadas y que raramente llega a los archivos. Le pedí que me dejara verlas cuando tuviera oportunidad y Enrique asintió, aunque con la reserva de quien no está del todo seguro de querer compartir algo tan personal con un desconocido.

La historia de Enrique, tal como me la fue contando esa tarde y en las conversaciones siguientes, tenía la estructura de esas acumulaciones de mala fortuna que uno tiende a atribuir a la casualidad cuando le ocurren a otros y a la injusticia del mundo cuando le ocurren a uno mismo. Había terminado la carrera de derecho con calificaciones que habrían justificado expectativas considerables. Se había postulado para una plaza de agente del Ministerio Público en su alcaldía y no había sido seleccionado. Había perdido su empleo como auxiliar en un bufete de la colonia Roma. Su novia, a quien había conocido en la facultad, había aceptado un puesto

como agregada en el consulado de Miami y se había ido con una explicación que a Enrique nunca le terminó de convencer.

—Ella decía que era una oportunidad —me dijo en nuestra segunda reunión, esta vez en un parque de la colonia Condesa porque el día estaba demasiado bueno para quedarse encerrado—. Pero yo siempre pensé que había otro motivo. Un ex suyo que también se fue para allá. No tengo pruebas. Solo la sensación.

—¿Le importa todavía?

—Ya no —dijo, y lo dijo de una manera que hacía difícil saber si era verdad o si simplemente llevaba suficiente tiempo diciéndoselo a sí mismo—. Lo que me importa ahora es otra cosa.

La otra cosa era la leyenda. Enrique había llegado a ella por el mismo camino que yo: el apellido, la genealogía, las preguntas que genera una historia familiar con demasiados silencios. Pero Enrique no llegó a Don Juan Manuel con la distancia analítica del historiador. Llegó con la disposición de alguien que llevaba dos años sintiéndose perseguido por una mala racha inexplicable y que encontraba en la historia de su antepasado algo que resonaba de una manera que no sabía cómo articular.

—Hay algo raro en esa historia —me dijo, mirando el pasto del parque con los codos sobre las rodillas—. No el pacto. El pacto es una leyenda, eso lo entiendo. Lo raro es que el hombre haya hecho lo que hizo por saber algo que probablemente nunca supo. Eso me parece... no sé. Muy humano.

—¿Demasiado humano? —sugerí.

—Exacto. —Enrique me miró—. Demasiado humano para ser solo un cuento.

Yo guardé silencio. Era el tipo de observación que un historiador académico descartaría con una nota al pie sobre la función narrativa de la verosimilitud en el folclor urbano. Pero yo llevaba suficiente tiempo con este caso como para saber que las mejores preguntas a veces vienen de quien no ha aprendido todavía las respuestas correctas.

La situación personal de Enrique en ese momento era la siguiente: vivía solo en un departamento de la colonia Narvarte que pagaba con un fideicomiso de estudios que su madre había constituido antes de morir y que se estaba agotando a un ritmo que él calculaba en unos meses. No tenía trabajo. No tenía novia. No tenía padre, o más exactamente tenía uno que había abandonado a su madre cuando Enrique tenía dos años y del que no sabía nada desde entonces. Y tenía, recién descubiertas, unas cartas de una abuela muerta que hablaban de un antepasado asesino y de una daga.

—¿Ha pensado en buscar a su padre? —le pregunté en algún momento.

Enrique tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz tenía la textura de algo que se ha comprimido durante mucho tiempo en un espacio demasiado pequeño.

—Lo he pensado —dijo—. Pero hay cosas que es mejor no abrir. Algunas puertas se cierran solas por algo.

No supe entonces que esa frase, dicha con la ligereza de quien cree estar hablando de su padre, describía exactamente lo que estaba a punto de hacer con algo mucho más antiguo y mucho más oscuro.

Antes de despedirnos esa tarde en el parque, Enrique me mencionó casi de pasada, como quien recuerda algo que guardó en un cajón y que acaba de volver a encontrar, que había empezado a investigar por su cuenta en internet y en algunas bibliotecas.

—Fui a la Biblioteca Nacional, a la Lerdo de Tejada, al Centro de Estudios de Historia de México de la Fundación Slim —enumeró—. En todas encontré lo mismo. Don Juan Manuel existió. El pacto no puede probarse. Los crímenes tampoco. Pero nadie puede decir que no ocurrieron.

—Eso mismo encontré yo —dije.

—¿Y eso no le parece raro? —preguntó Enrique—. Que cuatro siglos no hayan sido suficientes para probar o desmentir algo.

—Me parece exactamente lo que hace interesante al caso —respondí.

Enrique me miró con una expresión que no supe leer bien en ese momento. Ahora, con la distancia que da haber reconstruido todo lo que vino después, creo que era la expresión de alguien que acaba de confirmar algo que ya sabía y que habría preferido no saber. Como si mi respuesta, en lugar de tranquilizarlo, hubiera cerrado la última salida de algo en lo que ya estaba adentro sin haberlo decidido del todo.

Caminamos hasta la esquina donde nuestros caminos se separaban. Antes de que Enrique tomara su dirección, me dijo algo que anoté esa noche en mi cuaderno de campo y que desde entonces no he podido dejar de considerar.

—¿Sabe qué fue lo primero que pensé cuando leí lo del pacto? —dijo—. No pensé que era mentira. Pensé: si eso funcionó una vez en esta familia, ¿por qué no podría volver a funcionar?

Lo dijo con una sonrisa que quería ser irónica y que no lo era del todo. Yo me reí porque era la respuesta que la situación pedía. Pero mientras lo veía alejarse por la banqueta con las manos en los bolsillos y esa postura de quien carga con algo que no termina de acomodar, pensé que hay cosas que se dicen en broma con una precisión que ninguna seriedad alcanza.

Esa noche revisé mis notas sobre Don Juan Manuel y encontré que la edad que la tradición le atribuía en el momento del pacto, treinta y dos años según la versión más citada por Sedano, era exactamente la misma que tenía Enrique de Solórzano y Vélez en ese momento.

No anoté ese dato en el cuaderno. Algunas coincidencias es mejor no escribirlas, porque escribirlas es empezar a creer en ellas.

Capítulo 3

El pacto como tecnología de la desesperación

Ciudad de México, siglos XVII y XXI, en contrapunto.

Hay una pregunta que todo investigador de folclor colonial termina haciéndose en algún punto de su carrera, aunque pocos la formulen en voz alta porque suena a cosa que no debería decirse en un congreso académico: ¿en qué momento una leyenda deja de ser una leyenda y se convierte en otra cosa? No en historia verificable, que eso requiere documentos y pruebas que raramente existen. Sino en algo intermedio, sin nombre preciso, que no puede descartarse del todo sin una incomodidad que el método científico no sabe cómo procesar.

Con Don Juan Manuel de Solórzano llegué a esa pregunta más rápido de lo habitual. Y con Enrique de Solórzano y Vélez llegué a algo peor: la sospecha de que la pregunta no era solo académica.

Para entender lo que Enrique estaba viviendo en esos meses hay que entender primero lo que vivió Don Juan Manuel cuatro siglos antes, no como dato histórico sino como experiencia humana. Y para eso hay que desmontar una idea que la cultura popular ha instalado con una firmeza que resulta difícil de sacudir: la idea de que el pacto con el demonio es un acto de maldad. No lo era. O al menos no lo era en los términos en que la mentalidad barroca lo concebía.

El teólogo y cronista fray Hernando Ruiz de Alarcón, que documentó en el siglo XVII numerosos casos de lo que él llamaba supersticiones y pactos en la Nueva España, describía a quienes recurrían al demonio no como personas malvadas sino como personas desesperadas. La distinción es importante. La maldad implica una elección entre opciones disponibles. La desesperación implica la ausencia de opciones. Quien pacta, en esa lógica, no elige el mal: elige lo único que le queda cuando todo lo demás ha fallado.

Compartí esa reflexión con Enrique una tarde en que nos reunimos en mi oficina de la universidad, rodeados de libros y expedientes que él miraba con la curiosidad contenida de quien no quiere parecer demasiado interesado en algo que ya lo tiene completamente atrapado.

—Entonces el pacto no era una locura —dijo Enrique, recorriendo con los ojos los lomos de los libros apilados sobre mi escritorio—. Era una solución.

—Era la solución de alguien que había agotado todas las demás —precisé—. Lo cual, en cierto modo, lo hace más comprensible. Y más trágico.

—¿Por qué más trágico?

—Porque la tragedia no está en elegir el mal sabiendo que es el mal. Está en creer que no hay otra salida y descubrir, demasiado tarde, que el precio era más alto de lo que uno calculó.

Enrique guardó silencio un momento. Luego dijo, con una voz que había bajado un tono sin que él pareciera darse cuenta:

—Dos años de mala suerte seguida son suficientes para que uno empiece a pensar cosas raras.

—¿Qué tipo de cosas raras? —pregunté, dejando los papeles sobre el escritorio.

—Cosas como preguntarse si hay algo que se pueda hacer —dijo—. Algo fuera de lo normal. Algo que cambie la dirección de las cosas.

Lo miré. Enrique sostuvo mi mirada con la determinación de quien sabe que acaba de decir algo que no puede desdecirse y que ha decidido no intentarlo. Hubo una pausa larga en la que los dos fingimos estar pensando en Don Juan Manuel cuando en realidad estábamos pensando en Enrique.

—¿Ha leído algo sobre el tema? —le pregunté.

—El Fausto de Goethe —dijo—. Y el Malleus Maleficarum. Y las Actas de la Inquisición en México que encontré en la Lerdo de Tejada. También El esclavo del demonio. —Hizo una pausa y añadió con una incomodidad que quería disimular—: Sé que suena raro para alguien que dice no creer en nada de eso.

—Suena a alguien que está investigando con seriedad —dije, aunque lo que pensé fue otra cosa.

El contrapunto entre ambos hombres, separados por catorce generaciones y por todo lo que cuatro siglos de historia pueden poner entre dos personas, es en mi opinión el núcleo más revelador de esta historia. Don Juan Manuel de Solórzano era un hombre del siglo XVII para quien el universo estaba habitado por fuerzas visibles e invisibles que interactuaban de manera constante y cuyos mecanismos podían, bajo ciertas condiciones, ser manipulados por quien supiera cómo hacerlo. El demonio no era una metáfora en ese universo. Era un agente con quien, en circunstancias extremas y a un precio terrible, era posible negociar.

Enrique de Solórzano y Vélez era un hombre del siglo XXI, abogado de formación, agnóstico por convicción, que no creía en el demonio ni en Dios ni en ninguna fuerza sobrenatural. Lo había dicho con esa seguridad ligeramente defensiva de quienes han construido su identidad sobre la racionalidad y temen que cuestionarla sea una forma de debilidad. Y sin embargo, ahí estaba, leyendo el Malleus Maleficarum y las actas inquisitoriales, sugiriendo con una delicadeza que no lograba ocultar lo que estaba sugiriendo: que tal vez había algo fuera de lo normal que podía cambiar la dirección de las cosas.

La distancia entre esos dos hombres, en ese momento, me pareció mucho menor de lo que cuatro siglos deberían garantizar.

Les ocurría lo mismo en el fondo, aunque con vocabularios completamente distintos. A Don Juan Manuel le habían fallado los mecanismos ordinarios de verificación: la vigilancia directa, la consulta con el confesor, la red social de la élite criolla. A Enrique le habían fallado los mecanismos ordinarios de progreso: el mérito académico, las conexiones profesionales, la lealtad en las relaciones personales. Ambos habían llegado a un punto en que la realidad no respondía a las reglas que se suponía que debía seguir. Y ambos, cada uno en los términos de su propio siglo, estaban buscando una salida que estuviera fuera de esas reglas.

Eso es lo que los grandes tratados sobre magia y demonología del periodo colonial describen, aunque con otro lenguaje. El *Malleus Maleficarum* no trata al pacto diabólico como un acto de rebeldía sino como un acto de rendición. Quien pacta con el demonio no está desafiando el orden del mundo. Está reconociendo que el orden del mundo lo ha derrotado y buscando un orden alternativo, aunque ese orden alternativo tenga un precio que ningún hombre razonable debería estar dispuesto a pagar.

Unos días después nos vimos en la Biblioteca Nacional, donde habíamos quedado de revisar juntos algunas fuentes del periodo. Enrique llegó con un cuaderno lleno de anotaciones que no me mostró del todo, solo lo suficiente para que yo viera que llevaba semanas trabajando en esto con una dedicación que iba mucho más allá de la curiosidad genealógica.

—Lo que no entiendo —me dijo mientras caminábamos por los pasillos entre los anaqueles— es por qué el demonio querría lo que quería. Matar gente al azar no le sirve de nada. No tiene lógica.

—Tiene una lógica distinta —le respondí, mientras buscaba en los anaqueles el volumen que necesitaba—. El demonio, en esa cosmovisión, no busca utilidad. Busca corrupción. No le interesa que Don Juan Manuel mate a veinte personas. Le interesa que Don Juan Manuel sea el tipo de persona capaz de matar a veinte personas. El acto es el medio. La transformación del hombre es el fin.

Enrique se detuvo en el pasillo y me miró con una expresión que no supe clasificar en ese momento.

—Eso es más inteligente de lo que pensaba —dijo.

—Es más inteligente de lo que la mayoría piensa —confirmé—. Y por eso es más peligroso. Porque no te das cuenta de lo que estás pagando hasta que ya lo pagaste.

Enrique no respondió. Siguió caminando con las manos en los bolsillos y la mirada fija en algún punto adelante. Yo tuve la sensación, que anoté esa noche en mi cuaderno con la incomodidad de quien escribe algo que preferiría no haber pensado, de que esa respuesta no lo había disuadido de nada. Que tal vez había hecho exactamente lo contrario.

Antes de separarnos a la salida de la biblioteca, Enrique me preguntó algo que llevaba un rato guardando, lo noté en la manera en que lo formuló, demasiado casual para ser espontáneo.

—¿Usted cree que algo así podría ocurrir hoy? —dijo—. No digo literalmente. Digo... ¿cree que hay cosas que no se pueden explicar y que a veces funcionan aunque no deberían?

Nos quedamos unos segundos en silencio en la banqueta, con el ruido de la avenida detrás y el sol de la tarde cayendo de lado.

—Le voy a dar una respuesta de historiador —dije al fin—. Hay demasiadas cosas documentadas que no tienen explicación satisfactoria como para afirmar con certeza que el mundo funciona únicamente según las reglas que conocemos.

—Eso no es un no —dijo Enrique.

—No —admití—. No es un no.

Se fue caminando hacia el metro y yo me quedé un momento en la banqueta, preguntándome si había dicho lo correcto. Esa noche, solo en mi oficina, releí las tres anotaciones marginales que Fuentes me había prestado con su memoria corta. Las leí con la atención diferente de quien ya no busca datos sino patrones. Y encontré algo que no había notado antes, o que había notado y no había querido notar, que es una distinción que un historiador honesto debe hacer aunque le resulte incómoda. En las tres anotaciones, además de la referencia al caballero de Uruguay y a la hora y la daga, había una frase que se repetía con variaciones mínimas. En la primera decía: *quien busca encontrará*. En la segunda: *quien pregunta recibe respuesta*. En la tercera, la más breve de las tres: *la sangre llama*.

Las había leído docenas de veces por separado. Nunca las había puesto juntas en ese orden.

Las puse esa noche. Y durante un momento que prefiero no cuantificar, en ese silencio de oficina universitaria a las diez de la noche con el zumbido lejano de la ciudad afuera, pensé que esas tres frases no eran una descripción de lo que había ocurrido en el siglo XVII. Eran una advertencia sobre lo que podía volver a ocurrir. Guardé los papeles, apagué la luz y me fui a casa por una ruta distinta a la habitual, sin examinar demasiado los motivos de ese cambio.

A veces el instinto sabe cosas que la razón todavía no ha terminado de procesar.

Capítulo 4

Las bibliotecas de la duda

Ciudad de México, 2024.

Hay algo que los no iniciados en la investigación histórica tienden a romantizar: la idea de que los archivos y las bibliotecas son lugares donde

las respuestas esperan ordenadamente a quien sabe buscarlas. La realidad es más parecida a esto: son lugares donde las preguntas se multiplican, donde cada documento que resuelve algo abre tres flancos nuevos de incertidumbre, y donde el investigador paciente aprende, con el tiempo, a distinguir entre el silencio que significa que no hay nada y el silencio que significa que algo fue deliberadamente ocultado o borrado. Son silencios completamente distintos y reconocerlos requiere años de práctica.

Enrique de Solórzano y Vélez no tenía esos años. Pero tenía algo que a veces resulta más útil: tiempo libre, obsesión y la desesperación particular de quien no tiene otra cosa urgente que hacer. En las semanas que siguieron a nuestras primeras conversaciones se lanzó a una peregrinación bibliográfica por la ciudad que yo seguí de cerca, en parte porque me interesaba lo que pudiera encontrar y en parte, lo admito, porque había empezado a preocuparme la intensidad con que lo hacía.

Me lo contaba en mensajes que llegaban a cualquier hora, con la irregularidad de quien no duerme bien.

Estuve hoy en la Biblioteca Nacional. Cuatro horas. Encontré una referencia a un proceso del Santo Oficio de 1643 que menciona a un testigo de apellido Solórzano. No sé si es el mismo. Probablemente no. Pero no puedo dejar de pensar que sí.

Le respondí pidiéndole el número de expediente para verificarlo yo mismo. Me lo mandó de inmediato, con una velocidad que sugería que había estado esperando que se lo pidiera.

Al día siguiente fui a la Biblioteca Lerdo de Tejada a buscar un fondo complementario que yo conocía y que Enrique no había mencionado. Me encontré ahí con la encargada de la sala de fondos históricos, una mujer de apellido Carrasco que lleva décadas custodiando esos materiales con la devoción silenciosa de quien sabe que lo que guarda importa aunque nadie más lo sepa.

—Ando buscando referencias a la familia Solórzano en el periodo 1630-1660 —le dije, después de los saludos de rigor.

—¿El de la leyenda? —preguntó Carrasco, con la misma naturalidad con que Fuentes lo había dicho meses antes en el Archivo General.

—El mismo —confirmé—. ¿Ha tenido otros investigadores preguntando por él últimamente?

Carrasco me miró con una expresión que no era exactamente sorpresa sino algo más parecido a la confirmación de algo que ya sabía.

—Un muchacho joven —dijo—. Vino tres días seguidos la semana pasada. Muy serio, muy callado. Tomaba notas en un cuaderno negro y no pedía ayuda aunque se veía que a veces no encontraba lo que buscaba. —Hizo una pausa—. Le pregunté si necesitaba orientación y me dijo que no, que prefería encontrarlo solo. Como si encontrarlo de otra manera no contara.

Eso era Enrique con exactitud: la obstinación de quien necesita que el descubrimiento sea suyo para que tenga el peso que busca darle.

Lo que Enrique encontró en esas semanas de peregrinación, y lo que yo fui verificando en paralelo con mis propios recursos, era siempre la misma cosa expresada de maneras distintas. Don Juan Manuel de Solórzano había existido. Los indicios documentales eran reales pero fragmentarios.

El pacto no podía probarse. Los crímenes no podían confirmarse. Y sin embargo, en cada biblioteca, en cada fondo histórico, en cada colección de documentos coloniales que consultaron los dos por separado y a veces juntos, había algo: una mención lateral, una referencia oblicua, una anotación sin firma que rozaba el caso sin tocarlo de frente, como si los documentos mismos hubieran aprendido a hablar de Don Juan Manuel de la misma manera en que la ciudad hablaba de él: sin nombrarlo del todo.

Una tarde nos encontramos en el Centro de Estudios de Historia de México de la Fundación Carlos Slim, en la casona de Chimalistac que alberga una de las colecciones documentales más ricas del periodo colonial. Enrique llegó antes que yo y lo encontré en la sala de consulta con tres volúmenes abiertos al mismo tiempo y el ceño fruncido de quien está comparando algo que no termina de cuadrar.

—Mire esto —me dijo en cuanto me senté frente a él, girando uno de los volúmenes para que yo pudiera leer.

Era una crónica del siglo XVIII, posterior a los hechos por más de setenta años, que describía la leyenda de Don Juan Manuel con un nivel de detalle que las fuentes más cercanas al periodo no tenían. El cronista citaba testimonios de personas que a su vez citaban testimonios de sus abuelos, una cadena de transmisión oral que se extendía hacia atrás en el tiempo con la solidez imprecisa de todo lo que pasa de boca en boca durante generaciones.

—Lo raro no es que lo describa —dijo Enrique—. Lo raro es la daga. La describe con demasiado detalle para haberla inventado. El mango de marfil, las inscripciones, la forma curva de la hoja. Eso no es algo que se fabrica. Eso es algo que alguien vio.

—O algo que alguien describió con tanta precisión que el cronista lo copió como si lo hubiera visto —señalé.

—¿Y cuál es la diferencia? —dijo Enrique—. Si alguien lo vio y lo describió, la daga existió. Si el cronista lo copió de alguien que lo vio, la daga existió. De cualquier manera la daga existió.

No tenía una respuesta que refutara eso con comodidad. La lógica era correcta aunque la conclusión me inquietaba, no por lo que afirmaba sino por la urgencia con que Enrique la afirmaba.

—¿Por qué le importa tanto que la daga haya existido? —le pregunté.

Enrique cerró el volumen despacio y me miró.

—Porque si la daga existió, el resto también pudo haber existido —dijo—. Y si el resto existió, entonces hay algo real detrás de todo esto. Algo que no es solo una historia.

Guardé silencio. Afuera, en el jardín de la casona, se escuchaba el ruido sordo del tráfico de Chimalistac filtrándose entre los árboles. Enrique recogió sus notas con movimientos deliberadamente lentos, como quien intenta parecer más tranquilo de lo que está. Antes de levantarse añadió, casi para sí mismo:

—Vine aquí la semana pasada también. A ver el museo. Hay cosas muy interesantes en las vitrinas.

Lo dijo con una neutralidad tan cuidadosa que fue precisamente esa neutralidad lo que me alertó. Pero en ese momento no pregunté nada más. Hay conversaciones que uno deja pasar porque intuye que la respuesta va a cambiar algo, y no siempre está listo para ese cambio.

Esa noche, revisando mis propias notas de la peregrinación bibliográfica de esas semanas, llegué a una conclusión que no me gustó pero que no podía ignorar: Enrique no estaba investigando la leyenda de Don Juan Manuel para entenderla. La estaba investigando para creerla. Y hay una diferencia enorme entre esas dos cosas, aunque desde afuera el proceso parezca idéntico. El historiador busca la verdad de un hecho. El creyente busca la confirmación de una fe. Y Enrique de Solórzano y Vélez, agnóstico confeso, estaba construyendo con toda la meticulosidad de su formación jurídica una fe en algo que cuatro siglos no habían podido ni probar ni desmentir.

Lo cual, pensándolo bien, era exactamente lo que había hecho su antepasado antes de salir por primera vez a la calle de Uruguay con una daga en la mano.

Al día siguiente llamé a la doctora Maldonado para compartirle lo que habíamos encontrado en la crónica del XVIII.

—La descripción de la daga es consistente con objetos de manufactura morisca del siglo XVI tardío o principios del XVII —me dijo, con el tono preciso de quien maneja esa información como parte de su rutina—. No es imposible que hubiera llegado a la Nueva España. Había comercio de objetos de ese tipo, aunque no siempre por vías del todo legales.

—¿Y las inscripciones en árabe?

—Eso es lo más interesante —dijo Maldonado—. Si las inscripciones eran reales y nadie en la ciudad podía leerlas, el objeto tenía un poder simbólico enorme. Era una cosa que hablaba un idioma que solo su dueño y, supuestamente, quien se lo dio, podían entender. En términos de la magia ceremonial de la época, eso no es un detalle menor. Es casi la definición de un objeto ritual.

—¿Un objeto ritual para qué?

Hubo una pausa breve al otro lado de la línea.

—Para vincular a quien lo posee con quien se lo entregó —dijo Maldonado—. Mientras el objeto está en manos del receptor, la conexión se mantiene. —Otra pausa, más corta—: Es una interpretación, por supuesto. No un hecho documentado.

—Por supuesto —dije.

Colgué el teléfono y me quedé un momento mirando mis notas. Pensé en Enrique diciéndome que había visitado el museo de la casona de Chimalistac la semana anterior. Pensé en las vitrinas que albergaba ese museo. Y pensé, con una incomodidad que fui incapaz de razonar del todo, que tal vez debería haberle preguntado qué era exactamente lo que había encontrado tan interesante en ellas.

Capítulo 5

La casona de Chimalistac

Ciudad de México, 2024.

La colonia Chimalistac es uno de esos lugares de la Ciudad de México que parecen existir en un tiempo ligeramente distinto al del resto de la ciudad. Sus calles angostas, sus casonas de cantera y sus jardines que asoman por encima de las bardas tienen la quietud particular de los barrios que han sobrevivido demasiado sin cambiar demasiado, y que guardan esa supervivencia con el silencio discreto de quien sabe que llamar la atención sobre ella podría romper el hechizo.

La casona del número 1 de la calle Federico Gamboa no es la más grande ni la más ornamentada del barrio, pero tiene algo que las otras no tienen: la sensación, difícil de precisar pero imposible de ignorar, de que sus paredes recuerdan más de lo que muestran.

Fui a verla por primera vez un martes por la mañana, después de que Enrique me mencionara las vitrinas con esa neutralidad demasiado cuidadosa que me había quedado dando vueltas toda la noche. Llegué cuando el museo acababa de abrir. En la entrada había una mujer de mediana edad sentada detrás de una mesa pequeña con un registro de visitas y una expresión de quien lleva muchos años en ese lugar y ha aprendido a distinguir entre los visitantes que vienen por curiosidad genuina y los que vienen a matar el tiempo.

—Buenos días —le dije—. ¿Puedo pasar a ver la colección?

—Adelante —dijo ella, señalando el interior con un gesto que indicaba que la visita era autoguiada—. Si tiene alguna pregunta sobre las piezas, con gusto le ayudo. Me llamo Remedios y llevo diez años aquí, así que conozco cada objeto de esta casa como si fueran míos.

—¿Ha tenido muchos visitantes últimamente? —pregunté, firmando el registro.

—Los de siempre —dijo Remedios—. Investigadores, estudiantes de historia, algunos turistas que se pierden buscando el parque. De vez en cuando alguien que viene específicamente por la daga.

Levanté la vista del registro.

—¿La daga?

—La sarracena. La de la leyenda de Don Juan Manuel. —Remedios lo dijo con la naturalidad de quien ha repetido eso muchas veces—. Es la pieza que más llama la atención. Está en la sala del fondo, en una vitrina junto a la ventana que da al jardín. No se la pierda.

Recorrí las salas con la calma deliberada de quien no quiere parecer apresurado hacia ningún punto en particular. La colección era notable: mobiliario colonial, documentos enmarcados, objetos litúrgicos, retratos de personas cuya identidad las cédulas explicaban con una precisión que sugería una catalogación hecha con amor y conocimiento.

Alguien había dedicado mucho tiempo y mucho cuidado a armar todo eso, y ese alguien, según el expediente que yo había revisado, era Higinia Talavera de Solórzano, la abuela de Enrique, que había muerto sin herederos reconocidos y había dejado en fideicomiso su casa y todo lo que contenía para que el público pudiera verlo.

La daga estaba exactamente donde Remedios había dicho. Una vitrina de vidrio grueso, iluminada desde arriba por una luz cálida que hacía brillar el marfil del mango con una intensidad que no esperaba. La hoja curva, inconfundiblemente de manufactura morisca, tenía el color oscuro del metal muy antiguo que ha sido conservado con cuidado. Las inscripciones en árabe recorrían el mango en dos líneas paralelas que ninguna cédula del museo intentaba traducir, lo cual era en sí mismo una decisión significativa: o nadie había podido hacerlo, o alguien había preferido no hacerlo.

La cédula decía, con una sobriedad que contrastaba con el peso de lo que describía: *Daga tipo khanjar, manufactura morisca, siglo XVI-XVII. Atribuida por tradición oral a Don Juan Manuel de Solórzano. Donación de Higinia Talavera de Solórzano.*

Junto a la cédula principal había una placa más pequeña, fijada directamente al marco de la vitrina, que yo no habría notado si no hubiera estado buscándola. Estaba firmada también por Higinia Talavera de Solórzano y decía algo que copié palabra por palabra en mi cuaderno porque me pareció demasiado preciso para fiarlo a la memoria: *Daga morisca con la que mi antepasado Don Juan Manuel de Solórzano asesinaba a sus víctimas por orden del diablo, según la leyenda que corre desde tiempos de la colonia, pero que nadie ha podido constatar. Pidamos a Dios que nadie vuelva a ser poseedor de un implemento tan diabólico como este.*

Me quedé frente a la vitrina más tiempo del que habría sido explicable a cualquier observador. Había en esa placa algo que me perturbaba más allá del contenido: el tono. No era el tono de alguien que consigna una leyenda familiar con distancia museográfica. Era el tono de alguien que advierte. Que ha pensado mucho en lo que escribe y ha decidido que vale la pena escribirlo aunque suene excesivo, aunque quien lo lea pueda descartarlo como superstición de otra época. Era el tono de alguien que sabe algo y que no puede decirlo de otra manera.

Regresé a la entrada y me senté un momento frente a Remedios.

—¿Sabe algo sobre la historia de la daga? —le pregunté—. Más allá de lo que dice la cédula.

Remedios me miró con la expresión de quien evalúa cuánto compartir con un desconocido.

—Lo que sé es lo que me contó la señora que me contrató cuando abrieron el museo —dijo—. Una sobrina de doña Higinia que se encargó de los trámites del fideicomiso. Me dijo que la daga había estado siempre en la familia, que nadie sabía exactamente cómo había llegado, y que doña Higinia había insistido en que se exhibiera con esa placa específica que ella misma redactó antes de morir. Que no se cambiara una sola palabra.

—¿Y la placa lleva mucho tiempo ahí?

—Desde que abrimos —dijo Remedios—. Diez años. Siempre en el mismo lugar. —Me miró con una curiosidad que hasta ese momento había contenido—. ¿Por qué me pregunta eso?

—Porque hay alguien que me dijo que no la vio en su primera visita —respondí.

Remedios frunció el ceño con la expresión de quien encuentra eso difícil de creer.

—No puede ser —dijo—. Está justo al lado de la vitrina. Habría que estar muy distraído para no verla. —Hizo una pausa y añadió, con una sequedad que no era malicia sino precisión—: O no querer verla.

Salí de la casona con más preguntas de las que había llevado, que era ya una constante en esta investigación. Caminé por Federico Gamboa hacia el parque de Chimalistac con mis notas bajo el brazo y la sensación, cada vez más difícil de ignorar, de que esta historia no tenía el número de participantes que yo creía. Que había alguien más, o algo más, que llevaba mucho tiempo esperando en los márgenes a que llegara el momento oportuno.

Esa tarde llamé a Enrique. Contestó al segundo timbre, como si hubiera estado mirando el teléfono.

—¿Ya fue al museo? —me preguntó, antes de que yo dijera nada.

—Sí —dije—. ¿Por qué no me habló de la placa de su abuela?

Hubo una pausa larga.

—Porque la primera vez que fui no la vi —dijo Enrique—. Y la segunda vez que fui ya no importaba.

No le pregunté por qué no importaba. Había algo en su voz, una tensión nueva que no había estado ahí en nuestras conversaciones anteriores, que me dijo que esa pregunta podía esperar. Que había cosas que era mejor dejar que se dijeran solas, en su propio tiempo, sin empujarlas.

Colgué el teléfono y me quedé mirando la frase que había copiado en mi cuaderno. *Pidamos a Dios que nadie vuelva a ser poseedor de un implemento tan diabólico como este.* Una mujer muerta, escribiendo para un nieto que nunca conoció, sobre un objeto que llevaba siglos en la familia. Y un nieto vivo que había visitado el museo dos veces y que en la segunda visita ya no le importaba la advertencia de su abuela.

Eso, más que cualquier documento de archivo, fue el momento en que entendí que esta historia había dejado de ser solo una investigación académica.

Volví al museo al día siguiente, esta vez con la excusa de revisar otras piezas de la colección que no había examinado con suficiente atención. Remedios me reconoció con una inclinación de cabeza y no preguntó nada, que es la forma más elegante de hacer saber a alguien que su presencia no sorprende.

Pasé un rato revisando los documentos enmarcados de las salas anteriores, buscando algo que no sabía exactamente qué era. Y lo encontré en la última sala, en un rincón que la iluminación dejaba en penumbra: un retrato pequeño, pintado al óleo con la técnica austera de los retratos coloniales de encargo, que representaba a un hombre de unos treinta años con ropas que el estilo situaba en el siglo XVII.

La cédula decía simplemente: *Retrato de caballero novohispano, autor anónimo, ca. 1640.* Sin nombre. Sin identificación. Pero debajo del retrato, escrita a mano en la misma letra que firmaba la placa de la daga, había una nota que decía: *El que preguntaba la hora.*

Me quedé inmóvil frente al retrato durante un tiempo que no medí. El hombre del cuadro miraba hacia un punto ligeramente a la derecha del espectador, con una expresión que no era exactamente serenidad sino algo más cercano a la espera. Como si estuviera aguardando algo que sabía que iba a llegar.

Salí sin despedirme de Remedios. En la calle, el sol de mediodía de Chimalistac tenía esa calidad particular de la luz que cae sobre las piedras viejas y parece rebotar con una temperatura distinta a la del resto de la ciudad. Caminé hasta el parque y me senté en una banca a escribir en mi cuaderno todo lo que había visto, con la urgencia de quien sabe que los detalles se escapan si no se fijan de inmediato.

Escribí durante veinte minutos sin levantar la pluma. Cuando terminé, leí lo que había escrito y me di cuenta de que en ningún momento había anotado que el hombre del retrato se parecía a Enrique.

Porque no se lo había permitido.

Capítulo 6

El hurto

Ciudad de México, 2024. Ciudad de México, siglo XVII.

Hay momentos en una investigación en que el investigador deja de ser un observador y se convierte en algo más difícil de nombrar. No un participante exactamente, porque participar implica una decisión consciente. Sino un testigo que ha estado demasiado cerca durante demasiado tiempo y que, sin haberlo elegido del todo, forma ya parte de lo que observa.

Yo llegué a ese punto la semana en que Enrique robó la daga. Y lo digo con esa precisión porque fue exactamente así: no fue un accidente, no fue un impulso irreflexivo, fue un robo deliberado cometido por un hombre que sabía perfectamente lo que estaba haciendo y que lo hizo de todas maneras.

No lo supe de inmediato. Me enteré tres días después, cuando Enrique me llamó a las once de la noche. Reconocí en su voz algo que en veinte años de entrevistar personas he aprendido a identificar con bastante exactitud: la textura particular de quien acaba de cruzar una línea y todavía no ha decidido si eso lo aterra o lo alivia.

—Necesito hablar con usted —me dijo.

—¿Está bien? —pregunté.

—No lo sé todavía —dijo—. ¿Puede venir mañana?

Fui al día siguiente a su departamento en la colonia Narvarte, un tercer piso con ventanas que daban a un árbol grande cuyas ramas rozaban el vidrio con un sonido continuo y suave que en otro contexto habría resultado agradable.

Enrique me abrió la puerta con el aspecto de quien no ha dormido bien en varios días y que ha dejado de intentar disimularlo. Me hizo pasar a la sala. En la mesa de centro no había nada fuera de lo ordinario, o al menos eso fue lo primero que noté, antes de que Enrique se sentara frente a mí y me dijera lo que había hecho.

—Fui al museo —dijo—. Hace cuatro días.

—Lo sé —dijo—. ¿Qué pasó?

—La saqué de la vitrina —dijo Enrique—. La daga. Me la llevé.

Lo miré sin decir nada durante un momento que se extendió más de lo que habría sido cómodo para cualquiera de los dos. No era sorpresa

exactamente lo que sentí. Era algo más parecido a la confirmación de algo que había estado negándome a anticipar.

—¿Cómo? —dije finalmente.

—Fácil —dijo, y en esa palabra había algo que no era orgullo sino asombro, el asombro de quien esperaba resistencia y no encontró ninguna—. El guardia estaba afuera espantando unos tordos. Remedios estaba en su mesa. Nadie vigilaba las salas. La vitrina no tenía seguro. La tomé, la guardé en la mochila y salí caminando. Nadie volteó a verme.

Se levantó y fue a la cocina. Lo escuché servir agua y regresó con dos vasos que depositó sobre la mesa con la mecánica de quien necesita hacer algo con las manos mientras ordena lo que va a decir a continuación.

—¿Por qué? —le pregunté.

Enrique tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz tenía la precisión incómoda de quien ha ensayado una explicación y que al decirla en voz alta se da cuenta de que suena exactamente tan extraña como temía que sonara.

—Porque es mía —dijo—. Mi abuela la dejó ahí. Mi antepasado la usó. Lleva el apellido de mi familia en una placa que nadie más que yo tiene razones para entender del todo. —Hizo una pausa—. Y porque necesitaba tenerla. No sé explicarlo mejor que eso.

Escuché esa última parte con la atención que merecía. No las razones anteriores, que eran racionales hasta cierto punto y que cualquier abogado podría haber articulado con más elegancia. Sino esa: la necesitaba tener. Sin más explicación, sin más justificación.

La necesidad pura, que es exactamente el tipo de argumento que no admite réplica porque no está construido con los materiales que la réplica requiere. Y que, pensé mientras lo escuchaba, era también la misma lógica que cuatro siglos antes había llevado a Don Juan Manuel a aceptar una daga de manos de un intermediario que nadie recordaba haber visto antes.

Para entender lo que Enrique hizo esa tarde en el museo hay que entender también lo que Don Juan Manuel hizo en una noche que ningún documento ha podido fechar con precisión. Según la tradición oral recogida por Sedano, la daga no fue fabricada ni comprada. Fue entregada.

El intermediario que la trajo, descrito en las versiones más detalladas del relato como un hombre de rasgos indefinibles que nadie recordaba haber visto ni volvió a ver después, la depositó en el portal de la casa de Don Juan Manuel envuelta en un paño de lino, sin nota ni explicación. Don Juan Manuel supo, según el relato, que el objeto era para él. Que había llegado porque tenía que llegar.

Dos hombres, cuatro siglos de distancia, el mismo objeto moviéndose hacia la misma familia con la misma lógica imposible de refutar precisamente porque no usa los argumentos que la refutación conoce.

—¿La tiene aquí? —le pregunté.

Enrique asintió. Fue al cuarto y regresó con la daga envuelta en una camiseta. La depositó sobre la mesa con una delicadeza que contrastaba con la frialdad con que me había descrito el robo, como si en el trayecto de la mochila a la sala el objeto hubiera adquirido un peso distinto al que tenía cuando lo tomó. Yo la miré sin tocarla. El marfil del mango brillaba incluso con la luz opaca de la sala.

Las inscripciones en árabe eran exactamente lo que la crónica del XVIII describía y lo que la cédula del museo registraba. Y sin embargo había algo diferente en verla ahí, fuera del vidrio y la iluminación controlada, posada sobre la mesa de centro de un departamento como si fuera un objeto ordinario. Algo que no era fácil de nombrar pero que producía una incomodidad que yo, con todos mis años de manejo académico de objetos históricos, no había anticipado.

Fue entonces cuando Enrique me contó el sueño. Lo hizo mirando la daga, no a mí, con la voz de quien relata algo que sabe que va a sonar mal pero que necesita decir de todas formas.

—Esa noche soñé —dijo—. Soñé que era yo el que salía a la calle de Uruguay. No Don Juan Manuel. Yo. Hacía lo mismo que él. Preguntaba la hora. Y después usaba esto. —Señaló la daga sin tocarla—. Lo vi con mucha claridad. Las calles, la oscuridad, las caras de los que respondían. Me desperté sudando. —Hizo una pausa—. Pero no fue una pesadilla. Eso es lo raro. No sentí miedo. Sentí que era algo que tenía que pasar.

Guardé silencio mientras procesaba lo que acababa de escuchar. Afuera, las ramas del árbol rozaban el vidrio de la ventana.

—Enrique —dijo finalmente—, tiene que devolver la daga.

Me miró con la expresión de quien ya sabe lo que debería hacer y que por esa misma razón sabe que no lo va a hacer todavía.

—Lo sé —dijo—. Pero todavía no.

Antes de irme le hice una última pregunta.

—¿Ha pensado en lo que puede pasarle si alguien en el museo nota que falta?

Enrique se encogió de hombros con una lentitud que no era indiferencia sino el cansancio de quien ya ha considerado eso y ha llegado a una conclusión que no le gusta pero que no puede cambiar.

—Nadie va a notar —dijo—. Remedios está en su mesa. El guardia está en la puerta. Nadie entra a las salas a revisar las vitrinas. —Me miró directamente—. Y aunque notaran, no podrían relacionarlo conmigo. Nadie

sabe que existo en relación con esa casa. Nadie sabe que soy nieto de la mujer que la donó.

—Yo lo sé —dije.

Enrique me miró un momento sin decir nada.

—Sí —dijo finalmente—. Usted lo sabe.

No hubo amenaza en esa frase. Tampoco una pregunta. Fue el reconocimiento simple de un hecho, dicho con la neutralidad de quien confía en algo que no ha tenido que articular porque ya existe entre los dos sin necesidad de nombrarse. Me fui sin responder, bajé las escaleras y caminé dos cuadras antes de darme cuenta de que no había decidido en qué dirección iba.

Esa noche anoté en mi cuaderno todo lo que Enrique me había contado, incluyendo el sueño, con la letra apretada de quien escribe rápido porque sabe que los detalles se escapan. Tardé mucho en dormirme. Y cuando lo hice, soñé también, aunque mi sueño no tenía nada de la nitidez que Enrique le atribuía al suyo: solo una calle oscura, una pregunta formulada con cortesía excesiva, y la certeza, dentro del sueño, de que quien preguntaba llevaba mucho tiempo esperando que alguien respondiera.

No anoté ese sueño en el cuaderno.

Un historiador que empieza a registrar sus propios sueños como evidencia ha cruzado una línea que le conviene no cruzar. Pero tampoco pude olvidarlo del todo. Y esa incapacidad de olvidar es, quizás, la razón por la que lo consigno aquí, en este libro que dejó de ser un artículo académico mucho antes de que yo estuviera dispuesto a admitirlo.

Capítulo 7

Los deseos que se cumplen

Ciudad de México, 2024.

Hay una categoría de experiencias que los seres humanos tendemos a procesar de maneras radicalmente distintas dependiendo de si nos ocurren a nosotros o a otros. Cuando le ocurren a otros las llamamos coincidencias, y esa palabra funciona como una pequeña caja donde guardamos lo que no queremos examinar demasiado de cerca.

Cuando nos ocurren a nosotros la caja ya no alcanza y necesitamos otra explicación, una que tenga más peso específico y que justifique la sensación de que algo fuera de lo ordinario acaba de rozarnos. Enrique de Solórzano y Vélez llevaba semanas acumulando experiencias que no cabían en ninguna caja, y yo las fui conociendo una por una, a veces en tiempo real y a veces con el retraso de quien recibe una historia ya ordenada por quien la vivió y ha tenido tiempo de decidir qué incluir y qué dejar fuera.

La primera me la contó por teléfono, unos días después de nuestra conversación en su departamento. Su voz mezclaba la excitación y el desconcierto en proporciones que fui aprendiendo a reconocer como la marca de ese periodo particular de su vida: el tono de quien no sabe si lo que le está pasando es bueno o malo y ha dejado de intentar decidirlo.

—Estaba en un café de Álvaro Obregón —me dijo—. Tomando café en la terraza. Pasó un hombre cargando una pila de carpetas y sin saber por qué pensé: ojalá se caiga. No lo pensé con mala intención. Fue un pensamiento al vuelo, de esos que uno tiene sin querer y que normalmente no significan nada.

—¿Y? —dije.

—Se cayó —dijo Enrique—. Antes de que yo terminara de pensarlo. El hombre fue a dar con toda su humanidad cerca de una coladera y se le regaron los folders por todos lados. —Una pausa—. Puede ser una coincidencia.

—Puede ser —dije, porque era la respuesta honesta.

—Pero no se sintió como una coincidencia —dijo—. Se sintió como otra cosa. Como si yo hubiera jalado un hilo y algo del otro lado hubiera respondido.

Cualquier psicólogo habría explicado eso con comodidad: la mente humana registra las confirmaciones y descarta las refutaciones, de modo que si Enrique había tenido cien pensamientos al azar ese día y solo uno coincidió con algo que ocurrió, su memoria conservaría ese uno y olvidaría los noventa y nueve. Era una explicación perfectamente razonable. La ofrecí, con la suavidad necesaria para no parecer condescendiente, y Enrique la escuchó con la paciencia de quien ya la había considerado por su cuenta.

—Lo pensé también —dijo—. Pero entonces pasó lo del billete.

Lo del billete era más difícil de explicar con el argumento de la memoria selectiva. Enrique había comprado un décimo de lotería dos días después del incidente del café, casi sin querer, pasando frente a un puesto en una esquina de la colonia Doctores que no recordaba haber visto antes.

El hombre que se lo vendió era de mediana edad, con una sonrisa que Enrique describió, cuando me lo contó, como de complicidad, aunque reconoció que no sabía bien por qué usaba esa palabra. Al día siguiente, cuando Enrique pasó por la misma esquina para preguntarle por qué le había dicho esa frase sobre los pactos con la que se había despedido, se encontró con que en el puesto estaba una mujer que declaró llevar diez años ahí y que nunca había habido ningún hombre atendiendo ese lugar.

Me llamó desde la esquina misma, todavía parado frente al puesto, con una voz que ya no tenía excitación sino algo más parecido al vértigo de quien acaba de pisar en falso y no sabe todavía desde qué altura.

—El billete ganó —me dijo—. Ciento setenta mil pesos después de impuestos. Ya los cobré. Ya están en mi cuenta. —Una pausa—. Y el hombre que me lo vendió no existe para nadie más que para mí.

—¿Caminaste las esquinas de alrededor? —pregunté, porque era lo primero que había que descartar.

—Dos cuadras en cada dirección —dijo—. No hay otro puesto. La señora dice que lleva diez años sola. —Otra pausa, más larga—. Doctor Bernal, ¿usted cree que me estoy volviendo loco?

Me tomé un momento antes de responder, porque era una pregunta que merecía una respuesta honesta y no una tranquilizadora, y encontrar la primera sin que sonara a la segunda requería cuidado.

—Creo que está viviendo algo que no tiene una explicación sencilla —dije—. Lo cual no es lo mismo que volverse loco. Volverse loco es perder el contacto con la realidad. Lo que usted me describe no es una pérdida de contacto. Es un contacto con algo que la realidad ordinaria no sabe cómo contener. Son cosas distintas, aunque desde adentro puedan sentirse parecidas.

—Eso no me tranquiliza tanto como creo que usted quería —dijo Enrique.

—No —admití—. Supongo que no.

En los días siguientes Enrique continuó probando, con la metodología improvisada de quien no tiene un protocolo pero sí una hipótesis que necesita verificar. Me lo fue contando en llamadas y mensajes que llegaban a horas irregulares, con el entusiasmo contenido de quien documenta algo que le asombra y que le aterra en proporciones que no logra del todo separar.

Quiso que los Pumas de la UNAM le ganaran al Barcelona en un partido de exhibición que esa noche transmitían por televisión, y les ganaron tres a cero, aunque el Barcelona jugaba con su equipo de reservas jóvenes en una gira por América y el resultado tenía explicaciones deportivas perfectamente mundanas que yo me encargué de señalarle. Quiso que su exnovia lo llamara para pedirle perdón, y ella llamó al día siguiente con una explicación sobre una necesidad repentina de regresar a México que a Enrique le sonó tan poco convincente como a mí me sonó cuando me la relató.

Nos reunimos una tarde en una fonda de la colonia Roma para hablar de todo eso con la calma que el teléfono no permitía. Enrique llegó con un apetito que hacía semanas no le veía y con una energía nueva que me resultó más inquietante que su anterior agotamiento, porque la energía de quien cree haber encontrado algo es considerablemente más difícil de manejar que la de quien simplemente está cansado.

—También conseguí el puesto en el Ministerio Público —me dijo, mientras el mesero nos traía los platos—. En una alcaldía distinta. Me llamaron esta mañana.

—Eso podría explicarse por sus méritos —señalé.

—Podría —concedió Enrique—. Todo podría explicarse de otra manera. Eso es lo elegante del asunto. —Me miró con una expresión que mezclaba la diversión y algo más serio debajo—. Si todo fuera demasiado obvio perdería la gracia. La magia que se nota demasiado no es magia. Es un truco.

—¿Está usando la palabra magia con seriedad? —le pregunté.

—Estoy usando la palabra que describe mejor lo que está pasando —dijo—. Si usted tiene una mejor, úsela.

No la tenía. Y eso, más que cualquier otra cosa que hubiera ocurrido en esas semanas, fue lo que me hizo entender que estaba frente a algo que mi formación como historiador no me había preparado para manejar con la comodidad que yo habría querido. Podía documentarlo.

Podía registrarlo. Podía construir una narrativa coherente con los hechos disponibles. Pero no podía explicarlo, y la distancia entre documentar y explicar, que en veinte años de carrera académica había creído pequeña y transitable, se revelaba de repente como un abismo que yo no había visto porque nunca había necesitado cruzarlo.

Lo que Enrique no me dijo en esas conversaciones, y que supe mucho después cuando ya todo había ocurrido y él estaba en condiciones de contarlo con más distancia, era que en esas mismas noches en que los deseos se cumplían con esa puntualidad inquietante, los sueños también habían cambiado.

Ya no eran reconstrucciones fragmentadas de la calle de Uruguay y el caballero con la daga. Ahora había una figura que le hablaba directamente, que él describió siempre con la misma imprecisión deliberada de quien no quiere fijar demasiado algo que prefiere mantener vago. Una figura cuya voz era tranquila, que no pedía nada todavía, y que esa ausencia de petición era, paradójicamente, lo más inquietante de todo.

—Cuando algo no te pide nada —me dijo Enrique mucho después, en una de las conversaciones finales en que reconstruimos juntos ese periodo—, es porque está esperando el momento en que lo que quiere pedir valga más.

Anoté esa frase en mi cuaderno la noche que la dijo y la he releído muchas veces desde entonces. Cada vez me parece más exacta como descripción de lo que estaba ocurriendo. Y cada vez me parece más perturbadora como descripción de lo que estaba a punto de ocurrir.

Antes de que nos despidiéramos esa tarde en la fonda, le pregunté algo que llevaba un rato considerando y que decidí formular directamente, sin rodeos académicos.

—Enrique, ¿ha pensado en la posibilidad de que todo esto tenga una explicación que no implique ningún pacto con nada? ¿Que sea una racha

de buena suerte después de una racha de mala suerte, que el cerebro de un hombre agotado esté encontrando patrones donde no los hay?

Enrique me miró con una expresión que no era ofensa sino algo más parecido a la paciencia de quien ha tenido esa misma conversación consigo mismo muchas veces y ha llegado siempre al mismo punto.

—Lo he pensado —dijo—. Muchas veces. —Hizo una pausa y añadió, con una honestidad que le agradecí—: Y no puedo descartarlo. Genuinamente no puedo. Pero tampoco puedo descartar lo otro. Y si no puedo descartar ninguna de las dos opciones, ¿qué hago con eso?

Salí de la fonda sin tener una respuesta para esa pregunta. La sigo sin tener mientras escribo esto. Y creo, después de todo lo que vino después, que esa incapacidad de decidir es precisamente el terreno en que operan las cosas que esta historia describe: no en la credulidad ni en el escepticismo, sino en el espacio exacto entre los dos, donde ninguna de las dos posiciones ofrece suelo firme y donde un hombre puede quedarse parado sin saber en qué dirección moverse hasta que algo, desde afuera, lo mueve por él.

Porque lo que vino después no fue una coincidencia más. Fue una instrucción.

Capítulo 8

Isidro

Ciudad de México, 2024. Ciudad de México, siglo XVII.

Conocí a Isidro Velázquez mucho después de que ocurrió lo que ocurrió, cuando ya era posible hablar con él sin que ninguno de los dos supiera exactamente qué estábamos hablando. Es un hombre de unos sesenta años, corpulento, con las manos grandes y callosas de quien ha trabajado con ellas toda la vida y con una dignidad tranquila que no tiene nada que ver con la resignación sino con algo más parecido a la certeza de quien sabe exactamente quién es y no necesita que nadie se lo confirme.

Lustró zapatos durante más de treinta años en la entrada del metro Centro Médico, y cuando le pregunté si le gustaba su trabajo me miró con la expresión de quien encuentra la pregunta ligeramente absurda.

—Es lo que hago —dijo—. ¿Le gusta a usted su trabajo?

—A veces —admití.

—Entonces somos iguales —dijo, y siguió con lo suyo.

Llegué a Isidro a través de Enrique, que me lo contó todo semanas después de que ocurrió, con esa mezcla de horror y necesidad de ser escuchado que tienen las personas cuando han hecho algo que no pueden deshacer y que no pueden guardar en silencio. Me lo contó sentado en su departamento, con las manos entrelazadas sobre las rodillas y la voz plana de quien ha ensayado el relato tantas veces en su cabeza que ya no le

salen las emociones al decirlo en voz alta sino hasta que aparece un detalle que no había ensayado.

Lo que Enrique me contó fue esto: una noche, en el periodo en que los deseos se cumplían con esa puntualidad que él interpretaba como confirmación del pacto, soñó que la figura que le había estado hablando le daba por fin una instrucción. No le pedía su alma, no le pedía que firmara nada, no le pedía riqueza ni poder.

Le pedía algo específico, concreto y perfectamente atroz: que fuera a la entrada del metro Centro Médico, que esperara a que el bolero que trabajaba ahí, un hombre que se llamaba Isidro, se estuviera por retirar, que le preguntara la hora, y que cuando Isidro respondiera, usara la daga para cortarle el dedo meñique de la mano izquierda.

—¿Y usted qué pensó cuando se despertó? —le pregunté, porque era la pregunta que importaba.

Enrique tardó un momento en responder. Cuando lo hizo, su voz tenía la textura de algo que se ha considerado desde todos los ángulos posibles y que desde ninguno termina de tener sentido.

—Pensé que era un sueño —dijo—. Y después pensé que todos los sueños anteriores también habían sido sueños y que las cosas que pedían habían ocurrido de todas formas. —Una pausa—. Y después pensé en el nombre. Isidro. El sueño me dio el nombre.

—¿Y eso lo convenció?

—Eso me aterró —dijo Enrique—. Que hubiera un nombre. Que no fuera cualquier persona sino una persona específica con un nombre específico en un lugar específico. Eso no se inventa en un sueño. Eso se recibe.

Lo que hizo Enrique a continuación es algo que, como historiador y como persona que lo conocía, me cuesta narrar sin una incomodidad que no desaparece por más veces que lo haya escrito en mis notas. Fue al metro Centro Médico. Encontró al bolero. Se acercó con el pretexto de que le diera un servicio y en forma casual le preguntó cómo se llamaba.

Se llamaba Isidro.

Me lo contó con la voz de quien describe el momento en que una posibilidad teórica se convierte en algo imposible de ignorar, y yo lo escuché con el silencio de quien entiende que hay puntos en una historia a partir de los cuales la narrativa cambia de naturaleza y ya no puede regresar a lo que era antes.

—Le temblaron las manos —me dijo—. Cuando escuché el nombre. Le temblaron las manos y empecé a sudar. Porque ya no había manera de decir que era una coincidencia.

Enrique esperó. Se quedó en los alrededores de la entrada del metro durante horas, viendo cómo los otros comerciantes ambulantes recogían sus cosas al caer la tarde, viendo cómo la afluencia de personas disminuía, viendo cómo Isidro seguía en su silla con esa paciencia que tienen los

hombres que han pasado décadas haciendo lo mismo en el mismo lugar y que han aprendido a habitar el tiempo de una manera que la mayoría de las personas no sabe.

Lo que ocurrió después Enrique me lo contó con una economía de detalles que yo interpreté no como reticencia sino como el esfuerzo de quien intenta describir algo que hizo en un estado que no reconoce del todo como propio.

Se acercó a Isidro cuando eran cerca de las ocho de la noche. Le preguntó la hora. Isidro le respondió con la naturalidad de quien ha respondido esa pregunta miles de veces. Y entonces Enrique, con la daga que llevaba guardada en la chamarra, hizo lo que el sueño le había instruido que hiciera.

Isidro lanzó un grito. Enrique salió corriendo. El dedo quedó en el suelo.

Hubo una pausa larga después de que Enrique terminó de contarme eso. Una pausa que ninguno de los dos intentó llenar porque no había nada que cupiera en ella.

—¿Por qué me lo está contando? —le pregunté finalmente.

—Porque necesito que alguien lo sepa —dijo—. Y porque usted ya sabe demasiado de esta historia como para que yo pueda contársela a medias.

—¿Y la daga?

—En mi casa —dijo—. Con sangre en la hoja.

—¿Y el dedo?

Enrique me miró.

—No está —dijo—. Lo busqué cuando llegué a casa. No estaba en la ropa, no estaba en la mochila. No estaba en ningún lado.

Lo que la tradición colonial describe sobre los objetos de los pactos diabólicos incluye, en varias de las fuentes que yo había revisado, la noción de que ciertos elementos entregados en el contexto de un pacto desaparecen de la realidad ordinaria una vez que han cumplido su función, como si pertenecieran a un orden de cosas que solo se hace visible cuando es necesario y que regresa a su lugar cuando deja de serlo.

Era una creencia de hace cuatro siglos, documentada en expedientes inquisitoriales y en crónicas de la época. No era algo que yo, como historiador del siglo XXI sentado en un departamento de la colonia Narvarte frente a un hombre que acababa de contarme que había mutilado a alguien, debería estar considerando como explicación posible.

Y sin embargo la consideré.

Lo que ocurrió en el contrapunto del XVII, en esa reconstrucción que yo había ido construyendo a lo largo de meses con las fuentes disponibles, era que Don Juan Manuel regresaba cada noche de sus salidas con las manos vacías. No había registro de que hubiera guardado nada, de que hubiera conservado nada.

Solo la daga, que según la tradición permanecía siempre en su poder, siempre limpia, siempre lista. Como si lo que el demonio pedía no fuera el acto en sí sino la disposición a cometerlo, y lo que se llevaba al final no fuera nada material sino algo más difícil de nombrar.

Salí del departamento de Enrique esa noche con más peso del que había llevado. Caminé hasta Insurgentes sin tomar taxi ni metro, necesitando el tiempo y el movimiento para ordenar lo que acababa de escuchar.

Volví al metro Centro Médico al día siguiente, por mi cuenta, sin decirle nada a Enrique. Necesitaba ver a Isidro con mis propios ojos, no como personaje de una historia que alguien más me había contado sino como persona real en un lugar real.

Estaba en su lugar habitual con su caja de lustrar y su silla de tela. Tenía vendada la mano derecha, no la izquierda, lo cual me produjo una confusión que anoté en mi cuaderno antes de acercarme. Me senté frente a él y le pedí que me lustrara los zapatos sin mencionar nada de lo que sabía.

Cuando terminó, mientras le pagaba, le pregunté con la naturalidad que pude reunir cómo se había lastimado la mano.

—Una tontería —dijo Isidro, sin darle más importancia de la que le daba a cualquier otra cosa—. Estaba tratando de sacar una cadenita que se me cayó en una coladera. La tapa me cayó en el dedo y me lo cortó de un golpe. —Se encogió de hombros—. Ya me pusieron puntos. No fue nada grave.

Lo miré buscando en su rostro algún signo de que había otra historia debajo de esa. No encontré nada. Su expresión era la de alguien que cuenta un accidente menor que ya procesó y que no le interesa particularmente seguir discutiendo.

—¿La mano derecha? —pregunté.

—La derecha —confirmó—. El meñique. —Me mostró la venda con la indiferencia de quien muestra una curita—. Con el favor de Dios en unos días ya estoy bien.

Caminé de regreso a la calle con la cabeza funcionando a una velocidad que no era cómoda. Lo que Enrique me había descrito era el dedo meñique de la mano izquierda. Lo que Isidro tenía vendado era el meñique de la mano derecha. Lo que Isidro recordaba era una tapa de coladera, no una daga ni un hombre que huía.

Las dos historias no eran versiones distintas del mismo evento. Eran eventos distintos que coincidían en un solo resultado: Isidro Velázquez, sin un dedo meñique, en su lugar de siempre, sin que ninguna de las dos explicaciones posibles terminara de encajar con la otra.

Eso fue lo que anoté en mi cuaderno esa tarde, con la letra apretada de quien escribe rápido porque no quiere que el pensamiento se modifique antes de quedar fijado. Y al final de la página escribí una sola pregunta

que no he podido responder desde entonces: si ambas historias son verdaderas, ¿cuál de las dos ocurrió?

Capítulo 9

El dedo que no estaba

Ciudad de México, 2024.

Hay preguntas que uno formula esperando una respuesta y hay preguntas que uno formula sabiendo que no la va a encontrar pero que necesita formular de todas maneras, porque el acto de escribirlas es en sí mismo una manera de reconocer que algo ha ocurrido que merece ser registrado aunque no pueda ser explicado.

La pregunta que anoté al final de mi cuaderno aquella tarde, sentado en una banca de la colonia Del Valle después de visitar a Isidro, pertenecía a la segunda categoría. Si ambas historias son verdaderas, ¿cuál de las dos ocurrió? No esperaba respuesta. Pero necesitaba que quedara escrita.

Lo que vino después fue una semana en que Enrique y yo hablamos con una frecuencia que habría parecido excesiva a cualquier observador externo y que a mí me parecía insuficiente, porque cada conversación terminaba en el mismo punto: la imposibilidad de reconciliar lo que Enrique recordaba haber hecho con lo que Isidro recordaba haberle pasado.

Dos versiones de un mismo evento, verificables por separado, incompatibles entre sí. No era la primera vez en mi carrera que me enfrentaba a testimonios contradictorios sobre un mismo hecho. Era la primera vez que los dos testimonios eran igualmente creíbles.

Enrique me llamó una mañana, unos días después de nuestra última conversación, con una voz que tenía una calidad nueva: no el vértigo de semanas anteriores sino algo más parecido a la determinación de quien ha tomado una decisión que no le gusta pero que considera necesaria.

—Voy a regresar la daga —me dijo—. Al INAH. Voy a decir que la encontré tirada en la calle.

—¿Y Isidro? —pregunté.

—Fui a verlo —dijo Enrique—. Ayer. Me acerqué con cuidado, desde lejos primero, para ver si estaba ahí. Estaba. Me acerqué más y le pedí que me lustrara los zapatos y mientras trabajaba le pregunté por su mano y me contó lo de la coladera. —Hizo una pausa—. No me reconoció. No había ningún rencor. Era como si yo no existiera en su versión de lo que pasó.

—¿Cómo se sintió eso?

Enrique tardó en responder, y cuando lo hizo su voz tenía la textura de algo que se ha procesado durante muchas horas sin llegar a una conclusión satisfactoria.

—Como un perdón que no merezco —dijo—. Porque él no sabe que me está perdonando. Y eso es peor, no mejor.

Colgué el teléfono y me quedé un momento mirando mis notas. La observación de Enrique sobre el perdón era exacta y más compleja de lo que probablemente él mismo dimensionaba. En la tradición moral que subyace a la cosmovisión colonial que yo llevaba años estudiando, el perdón tiene valor precisamente porque implica un conocimiento de la ofensa.

El perdonado sabe de qué se le absuelve. La absolución de Isidro, si es que podía llamarse así, era una absolución ciega, otorgada sin conocimiento de la ofensa y por lo tanto sin la posibilidad de que tuviera el peso moral que Enrique necesitaba que tuviera. Era, en ese sentido, una forma de gracia que no resolvía nada.

Acompañé a Enrique, a distancia y sin que él lo supiera, el día que llevó la daga al INAH. No entré con él. Me quedé en la banqueta de enfrente, observando la fachada del edificio en la colonia Guerrero con la sensación incómoda de quien vigila algo sin tener claro qué está vigilando exactamente.

Enrique entró a las once de la mañana con la daga envuelta en papel de estraza dentro de una bolsa de tela, y salió veinte minutos después con las manos vacías y los hombros ligeramente más bajos que cuando entró, con ese alivio físico que tienen las personas cuando depositan algo pesado que llevaban cargando demasiado tiempo.

Lo alcancé en la esquina y caminamos juntos sin que ninguno de los dos mencionara que yo había estado ahí.

—¿Qué te dijeron? —le pregunté.

—Que lo investigarían y que si pertenecía a alguna colección me avisarían —dijo—. La señora que me atendió lo anotó todo sin hacerme muchas preguntas. Creo que pasa seguido que alguien encuentra algo y lo entrega sin querer dar demasiadas explicaciones.

—¿Cómo te sientes?

Enrique consideró la pregunta con seriedad, como si fuera una pregunta difícil y no una fórmula de cortesía.

—Más ligero —dijo—. Y al mismo tiempo como si hubiera hecho algo irreversible. No el robo. Esto. Devolverla.

No le pregunté qué quería decir con eso exactamente, porque intuí que él mismo no lo sabía del todo y que empujarlo a articularlo podría arruinar algo que estaba todavía en proceso de formarse. Hay momentos en que un investigador tiene que aprender a no hacer la pregunta siguiente.

Lo que ocurrió en los días que siguieron a la devolución de la daga fue algo que yo registré con la misma escrupulosidad que había registrado todo lo demás en ese cuaderno que para entonces tenía las páginas combadas de

tanto uso. Enrique recuperó el puesto en el Ministerio Público, que resultó que nunca había procesado su renuncia formalmente.

El dinero de la lotería seguía en su cuenta. Su exnovia no volvió a llamar, lo cual Enrique interpretó como una señal de que esa parte de su vida había quedado resuelta sin necesidad de más intervención. Y los sueños, según me contó en una de nuestras últimas conversaciones de ese periodo, habían cambiado de nuevo.

—Ya no está la figura —me dijo, en una cafetería de la colonia Narvarte a la que empezamos a ir con regularidad en esas semanas—. Los sueños son normales. O lo que yo recuerdo como normal, que es lo que tenía antes de todo esto.

—¿Lo extraña? —pregunté, consciente de que era una pregunta que podía sonar absurda.

Enrique me miró con una expresión que no era absurda en absoluto.

—A veces —dijo, y lo dijo con la honestidad incómoda de quien admite algo que sabe que no debería admitir—. No a la figura. No a lo que pedía. Sino a la sensación de que las cosas respondían. De que había algo del otro lado del hilo.

—¿Y ahora siente que no hay nada del otro lado?

—Ahora siento que no lo sé —dijo—. Y que probablemente es mejor así.

Lo observé un momento antes de responder. Enrique había cambiado en los meses que llevábamos en contacto, y ese cambio era difícil de describir con precisión. No era el mismo hombre agotado y desesperado que había llegado a una cafetería de la Roma con los ojos enrojecidos y la ropa correcta pero descuidada. Tampoco era el hombre con esa energía nueva e inquietante del periodo en que los deseos se cumplían. Era algo intermedio, alguien que ha pasado por algo que no puede nombrar del todo y que ha decidido, con una lucidez que me pareció ganada a un precio considerable, que hay cosas que es mejor dejar sin nombre.

Esa tarde, antes de separarnos, Enrique me preguntó algo que no esperaba.

—¿Va a escribir esto? —dijo—. Todo lo que pasó. ¿Va a escribirlo?

—No lo sé todavía —respondí, que era la verdad en ese momento.

—Si lo escribe —dijo Enrique—, le pido una cosa. No intente explicarlo. Cuéntelo y déjelo. Las explicaciones son para las cosas que se pueden explicar.

Caminé de regreso a mi oficina pensando en esa frase. Y esa noche, abriendo mi cuaderno en la última página que había usado, encontré que lo que había escrito en la línea final, sin recordar haberlo escrito, era esto: *la sangre llama*. Las mismas dos palabras de la tercera anotación marginal que Fuentes me había prestado meses atrás en el Archivo General. Las

mismas dos palabras que yo había copiado de un documento del siglo XVIII sin firma ni fecha.

No sé cuándo las escribí. No sé si las escribí yo.

Revisé mis notas de esa semana buscando cuándo podría haber ocurrido. No encontré ninguna entrada que lo explicara. Las páginas anteriores a esa línea final estaban llenas de lo que yo recordaba haber escrito: observaciones sobre Isidro, preguntas sin respuesta, la descripción de la visita al INAH. Y luego esa línea, con mi letra, en mi cuaderno, que no recordaba haber escrito.

La hipótesis más razonable era que lo había escrito en un momento de distracción, reproduciendo de manera automática una frase que tenía grabada en la memoria de tanto revisarla. La mente hace ese tipo de cosas, especialmente cuando está saturada de un material que lleva meses procesando.

Era una explicación perfectamente razonable y la sostuve durante varios días con la convicción necesaria para no permitir que la alternativa ocupara demasiado espacio en mi pensamiento.

La alternativa, que finalmente anoté en un papel separado y no en el cuaderno, era la siguiente: que las tres frases de las anotaciones marginales no eran una descripción del pasado ni una advertencia sobre el futuro sino algo más activo, algo que seguía operando en el presente con la misma lógica que había operado cuatro siglos antes, buscando en cada generación a alguien dispuesto a seguir el hilo hasta donde llevara. Si eso era verdad, entonces Enrique no había sido el primero. Ni sería el último.

Guardé ese papel en un sobre separado y lo puse en el fondo de un cajón de mi escritorio donde guardo las cosas que no estoy listo para incorporar a ningún argumento pero que tampoco puedo descartar. Ahí sigue.

Fui una última vez al metro Centro Médico esa semana, no para hablar con Isidro sino simplemente para verlo desde lejos, para confirmar con mis propios ojos que el mundo continuaba girando con la normalidad que todas estas semanas habían puesto en entredicho. Isidro estaba en su silla, con su caja de lustrar, atendiendo a un cliente con los movimientos seguros de siempre. La venda en la mano derecha había desaparecido y en su lugar había solo un esparadrapo pequeño que cubría el espacio donde el meñique había estado.

Me quedé observándolo desde la distancia durante unos minutos. Isidro no me vio. Luego se rio de algo que le dijo su cliente, una risa genuina y sin esfuerzo, la risa de un hombre que está exactamente adonde quiere estar haciendo exactamente lo que sabe hacer, y que no carga con ninguna historia que no sea la suya.

Eso fue lo que me llevé de esa última visita. No una respuesta, no una confirmación, no una refutación. Sino la imagen de un hombre riéndose en

la entrada de un metro en la Ciudad de México, con un dedo menos y sin que eso pareciera haberle quitado nada esencial.

Hay personas que tienen esa capacidad: la de absorber lo que les ocurre sin que lo que les ocurre las defina del todo. Isidro Velázquez era una de esas personas. Y eso, pensé mientras me alejaba por la avenida, era lo más cercano a una forma de gracia que yo había visto en todo el tiempo que llevaba dentro de esta historia.

Capítulo 10

La devolución

Ciudad de México, 2024.

Hay una diferencia entre cerrar una historia y terminarla. Cerrar una historia es un acto deliberado: uno decide que ha llegado al punto en que los elementos narrativos han encontrado su lugar y que seguir adelante produciría más ruido que claridad. Terminar una historia es otra cosa: es el momento en que la historia misma deja de moverse, en que los hechos se detienen y el silencio que viene después tiene una calidad distinta al silencio anterior.

Yo creía, cuando Enrique devolvió la daga al INAH y la figura desapareció de sus sueños y Isidro seguía en su lugar con un esparadrapo en la mano derecha, que la historia había terminado. Me equivocaba. Lo que había terminado era una fase. La historia seguía, aunque de una manera más silenciosa y por eso mismo más difícil de rastrear.

En las semanas que siguieron a la devolución de la daga, Enrique y yo continuamos reuniéndonos con una regularidad que ya no tenía la urgencia de los meses anteriores pero que ninguno de los dos parecía querer interrumpir.

Nos habíamos convertido, sin haberlo decidido del todo, en algo que no tiene un nombre preciso: no exactamente amigos, porque la historia que nos unía era demasiado asimétrica para eso, ni exactamente investigador y sujeto de estudio, porque yo había dejado de ser solo un observador mucho antes de que estuviera dispuesto a reconocerlo. Éramos dos personas que habían estado dentro de algo juntas y que necesitaban, cada una a su manera, procesar lo que eso significaba.

Una tarde nos encontramos en la misma cafetería de la colonia Roma donde nos habíamos visto por primera vez, meses atrás, cuando Enrique era un hombre con los ojos enrojecidos y yo era un historiador siguiendo una pista académica. Ninguno de los dos era ya exactamente lo que había sido entonces.

—¿Ha vuelto al museo? —me preguntó Enrique, mientras esperábamos los cafés.

—Sí —dije—. La semana pasada.

—¿Y?

—La daga está en su vitrina —dijo—. Remedios me confirmó que siempre ha estado ahí. Que nunca ha faltado.

Enrique asintió con la cabeza con la expresión de quien escucha la confirmación de algo que ya sabía pero que necesitaba que alguien más dijera en voz alta.

—¿Y la placa de mi abuela? —preguntó.

—También. Exactamente donde siempre ha estado, según Remedios. Diez años en el mismo lugar.

Enrique guardó silencio un momento, mirando su taza antes de que llegara el café.

—Entonces nada de lo que pasó dejó rastro —dijo—. Excepto en nosotros.

Era una observación exacta y yo no tenía nada que agregar a ella que la mejorara, de modo que no agregué nada. El mesero trajo los cafés y los dos nos quedamos un rato en ese silencio que ya habíamos aprendido a habitar sin incomodidad.

Lo que yo había encontrado en mi visita al museo era algo más de lo que le había contado a Enrique en ese momento. Había regresado a la sala del fondo con la intención de examinar la daga con la atención que la primera vez, impactado por la placa de Higinia, no había podido darle.

La daga estaba exactamente donde había estado siempre, con el mismo marfil brillando bajo la misma luz cálida, con las mismas inscripciones en árabe que nadie había traducido. Pero había algo diferente que tardé unos minutos en identificar: la cédula. La cédula que describía la pieza era la misma, con las mismas palabras. Pero el papel tenía un aspecto distinto al que yo recordaba de mi primera visita. No más nuevo, no más viejo.

Distinto de una manera que no sabía cómo describir con precisión y que finalmente decidí no intentar describir en mis notas porque cualquier descripción que pudiera darle sonaría o a exageración o a locura.

Le pregunté a Remedios, con la naturalidad que pude reunir, si la cédula había sido reemplazada recientemente.

—¿La cédula? —dijo Remedios, mirándome con una expresión que mezclaba la extrañeza y algo más—. No. Esa cédula lleva ahí desde que abrimos. La misma. Nunca la hemos cambiado.

—¿Está segura?

—Doctor —dijo Remedios, con una paciencia que sugería que no era la primera vez que alguien le hacía preguntas que no terminaba de entender—, llevo diez años aquí. Conozco cada objeto de esta casa. La cédula siempre ha sido la misma.

Salí del museo sin insistir. Había aprendido, en el curso de esta investigación, que hay puntos en que seguir preguntando no produce más

información sino simplemente más ruido alrededor de algo que ya ha dicho todo lo que va a decir.

Lo que sí le conté a Enrique esa tarde, después de un silencio que se había extendido lo suficiente como para que ambos supiéramos que la conversación iba a cambiar de nivel, fue lo que había encontrado en el rincón de la última sala en mi segunda visita al museo: el retrato sin nombre, el caballero novohispano de unos treinta años con la nota escrita a mano debajo que decía *el que preguntaba la hora*. Le describí el cuadro con el detalle que recordaba: la postura, la expresión de espera, la mirada fija en un punto ligeramente a la derecha del espectador.

Enrique me escuchó sin interrumpir. Cuando terminé, me preguntó algo que yo no esperaba.

—¿Se parece a alguien?

Lo miré.

—Hay un parecido —dije—. Sí.

—¿Conmigo?

—Con usted —admití.

Enrique asintió despacio, como si eso confirmara algo que ya sabía y que hubiera preferido no saber.

—¿Sabe qué es lo más raro? —dijo—. Que yo nunca vi ese retrato. Estuve en ese museo tres veces y nunca lo vi. —Hizo una pausa—. O tal vez sí lo vi y no lo reconocí. O tal vez no estaba cuando yo fui.

No respondí. Había en esa frase las mismas tres posibilidades que yo había estado considerando desde que encontré el retrato, y ninguna de ellas era más cómoda que las otras.

Antes de separarnos esa tarde, Enrique me dijo algo que no ha dejado de acompañarme desde entonces. Lo dijo mientras se ponía la chamarra, con el tono casual de quien menciona algo de paso, aunque yo había aprendido a reconocer que sus observaciones más importantes llegaban siempre con ese tono.

—¿Sabe en qué pienso a veces? —dijo—. En que la daga siempre estuvo en su vitrina. En que Isidro siempre perdió el dedo por la coladera. En que el vendedor del billete nunca existió. En que todo lo que creí que pasó no pasó de la manera en que creí que pasó. —Me miró—. Y en que de todas formas algo cambió. En mí. En usted, creo. En la manera en que los dos miramos ciertas cosas.

—¿Y eso le parece suficiente? —le pregunté.

—No —dijo—. Pero es lo que hay.

Bajé con él hasta la calle y nos despedimos en la esquina con ese apretón de manos que ya no necesitaba nada más para decir lo que decía. Lo vi alejarse por la banqueta con las manos en los bolsillos y ese paso que ya no era el del hombre agotado de los primeros meses sino el de alguien

que ha encontrado, si no paz exactamente, sí una manera de cargar con lo que carga sin que lo aplaste.

Esa noche escribí en mi cuaderno la última entrada de ese periodo. Era una sola línea, debajo de todo lo demás: *La historia no terminó. Aprendimos a vivir con ella.* Y debajo de esa línea, con una letra que reconocí como mía aunque no recordara haberla escrito, había una fecha. La fecha era la de la noche en que Don Juan Manuel de Solórzano, según la versión más citada por Sedano, había salido por última vez a la calle de Uruguay.

Pasé varios minutos mirando esa fecha antes de cerrar el cuaderno. Era una fecha que yo mismo había anotado en mis notas de investigación semanas atrás, tomada de la crónica de Sedano, de modo que la explicación más razonable era la misma de siempre: mi mente había reproducido de manera automática algo que llevaba meses en mi memoria. Era una explicación perfectamente razonable. La guardé junto con el papel del cajón y no volví a abrirlo durante varios días.

Lo que ocurrió en ese intervalo fue algo que no había anticipado: que la investigación empezaba a exigir una forma. No un artículo. No un ensayo. Algo más largo y más honesto, que pudiera contener tanto los hechos verificables como los que no lo eran, tanto la voz del historiador como la incomodidad del testigo, tanto la distancia analítica como la proximidad de quien ha estado demasiado cerca de algo durante demasiado tiempo.

Llamé a Enrique una tarde para decirle que había decidido escribir el libro.

—¿Y cómo lo va a llamar? —me preguntó.

—Todavía no lo sé —dije.

—Llámelo como la leyenda —dijo Enrique—. El nombre ya existe. Y ya sabe lo que significa.

Colgué el teléfono y abrí el cuaderno en la primera página en blanco que encontré. Escribí en la parte superior, con la letra cuidadosa de quien empieza algo que sabe que va a durar: *La leyenda de Don Juan Manuel de Solórzano.* Debajo escribí mi nombre. Y debajo de mi nombre, sin saber exactamente por qué, escribí también el de Enrique.

Me detuve un momento mirando los dos nombres juntos en la página. Había algo en esa yuxtaposición que me resultaba correcto: el historiador y el descendiente, el observador y el observado, el que documentaba y el que vivía. Borré el nombre de Enrique después de un momento. No porque no perteneciera ahí sino porque no era mío ponerlo sin preguntarle. Llamé esa misma noche para contarle lo que había hecho y lo que había deshecho.

—¿Lo borraste? —dijo, y en su voz había algo entre la decepción y el alivio.

—Lo borré —confirmé—. Pero quiero preguntarte si quieres que esté.

Hubo una pausa larga al otro lado de la línea, del tipo que indica que la persona está pensando de verdad y no simplemente buscando la respuesta que la situación pide.

—Sí —dijo Enrique finalmente—. Que esté. Pero no en la portada. En algún lugar dentro, donde alguien que lea con atención pueda encontrarlo.

No le pregunté dónde exactamente. Esa decisión me correspondía a mí. Y mientras escribo estas páginas, en las que su nombre aparece en cada capítulo aunque nunca en la portada, creo que he cumplido lo que prometí.

O al menos eso espero.

Capítulo 11

La placa que siempre estuvo

Ciudad de México, 2024. Ciudad de México, siglo XVII.

Volví al museo de Chimalistac una última vez antes de dar por cerrada la investigación de campo. No lo había planeado. Iba caminando por Federico Gamboa en una tarde sin ningún propósito particular, con el libro ya comenzado en mi cabeza aunque todavía no en el papel, y me encontré parado frente a la puerta sin haber tomado la decisión consciente de detenerme.

Hay lugares que ejercen ese tipo de atracción sobre quien ha pasado demasiado tiempo pensando en ellos: no te llaman de una manera que puedas describir, simplemente ocurre que estás ahí y que la única dirección que tiene sentido es adentro.

Remedios me recibió con la inclinación de cabeza que ya era nuestra forma de saludarnos, la de dos personas que se han visto suficientes veces como para estar más allá de las presentaciones y todavía demasiado pocas como para ser amigos.

—De vuelta —dijo, sin hacerlo pregunta.

—De vuelta —confirmé—. ¿Puedo pasar?

—Siempre —dijo, y volvió a lo que estaba haciendo.

Recorrí las salas con la lentitud de quien ya no busca nada específico sino que simplemente necesita estar en un lugar durante un rato. Los objetos me resultaban familiares a estas alturas: el mobiliario colonial, los documentos enmarcados, los retratos con sus cédulas precisas.

Me detuve más tiempo de lo habitual frente al retrato sin nombre del caballero novohispano. El hombre del cuadro seguía mirando hacia ese punto ligeramente a la derecha del espectador, con la misma expresión de espera que la primera vez. La nota escrita a mano debajo seguía siendo la misma: *el que preguntaba la hora*. Nada había cambiado. O nada que yo pudiera señalar con precisión.

Lo que sí había cambiado era la manera en que yo lo miraba.

Cuando llegué por primera vez a ese retrato, lo había procesado como un dato: un objeto de museo con una identificación anónima y una nota manuscrita que pertenecía a la misma letra que firmaba la placa de la daga. Lo había registrado en mi cuaderno con la escrupulosidad del investigador y me había marchado con la incomodidad de quien ha visto algo que no sabe dónde poner.

Ahora, mirándolo de nuevo después de todo lo que había ocurrido entre esa primera visita y esta, lo que veía no era un dato. Era una persona. Un hombre que había vivido en esta ciudad cuatro siglos antes, que había tenido una obsesión que no pudo controlar y que había pagado por ella un precio que ningún documento había registrado con claridad porque la ciudad, colectivamente, había preferido no nombrarlo del todo.

Y que, cuatro siglos después, seguía en ese rincón en penumbra, mirando hacia un punto que nadie más veía, esperando algo que nadie podía determinar si había llegado ya o todavía no.

Pasé después a la sala de la daga. La vitrina estaba exactamente como siempre, con el marfil brillando bajo la luz cálida y las inscripciones en árabe recorriendo el mango en sus dos líneas paralelas. La cédula. La placa de Higinia. Todo en su lugar, todo con ese aspecto de haber estado siempre ahí que era a estas alturas la característica más perturbadora de este museo: su total impermeabilidad a cualquier cosa que pudiera haberle ocurrido fuera de sus paredes.

Me quedé frente a la vitrina durante un tiempo considerable, leyendo la placa de Higinia una vez más con la atención que merece una advertencia dirigida específicamente a alguien que no está en el cuarto. *Pidamos a Dios que nadie vuelva a ser poseedor de un implemento tan diabólico como este.*

Una mujer que había muerto sin conocer a su nieto, que había dejado su casa y sus objetos al público con un fideicomiso y una instrucción de que no se cambiara una sola palabra de esa placa. Que había sabido, de alguna manera que yo no podía determinar, que habría alguien que necesitaría leerla.

Lo que reconstruí en ese momento, parado frente a la vitrina con el cuaderno cerrado en la mano porque había cosas que era mejor no escribir en ese lugar, fue la última noche documentada de Don Juan Manuel de Solórzano. La crónica de Sedano la describe con una economía de detalles que yo había interpretado durante meses como imprecisión y que ahora leía de otra manera: como la precisión de quien sabe exactamente qué decir y exactamente qué callar.

Según esa versión, Don Juan Manuel salió como todas las noches, formuló la pregunta como todas las noches, y esperó la respuesta como todas las noches. Pero esa noche, por alguna razón que el relato no especifica, no hubo respuesta. El transeúnte, si es que hubo transeúnte, no dijo nada. O

dijo algo que no era la respuesta que el ritual requería. O simplemente no estaba, y Don Juan Manuel formuló la pregunta a la oscuridad y la oscuridad no respondió.

Y a partir de ese momento, en el relato de Sedano y en todos los que vinieron después, Don Juan Manuel de Solórzano desaparece. Sin arresto, sin proceso, sin muerte documentada. Como si la interrupción del ritual hubiera disuelto no solo el pacto sino al hombre mismo, devolviéndolo a algún lugar que los archivos no saben nombrar.

Regresé a la entrada y me senté frente a Remedios, que me miró con la paciencia de quien ya sabe que la visita no ha terminado aunque el visitante esté sentado frente a la puerta.

—Remedios —le dije—, ¿sabe algo de la familia de doña Higinia? ¿Si hubo más descendientes, aparte de la sobrina que administró el fideicomiso?

Remedios consideró la pregunta con esa seriedad que ponía en todo.

—La sobrina me dijo una vez que había un hijo de un hermano de doña Higinia —dijo—. Un hombre que nunca apareció. Que había abandonado a su familia cuando el hijo era chico y que nadie supo más de él. —Hizo una pausa—. La sobrina lo mencionó como algo que le daba pena a doña Higinia. Que hubiera un nieto en algún lado que no sabía nada de esta casa ni de lo que había en ella.

—¿Un nieto —repetí.

—Eso dijo la sobrina. —Remedios me miró con una expresión que mezclaba la curiosidad y algo más difícil de nombrar—. ¿Por qué me pregunta eso?

—Por la investigación —dije, que era una respuesta verdadera aunque incompleta.

Remedios asintió con la cabeza de quien acepta una respuesta sin creerla del todo y que ha decidido que eso está bien.

—¿Sabe? —dijo, mientras yo me levantaba para irme—. A veces pienso que doña Higinia puso todo esto aquí no para el público en general. Que puso esto aquí para alguien específico. Para que cuando llegara supiera lo que tenía que saber. —Hizo una pausa y añadió, sin énfasis pero con una precisión que me detuvo en el umbral—: Y que ya llegó.

Salí a la calle de Federico Gamboa con esa frase instalada en algún lugar entre el pensamiento y el instinto, donde se quedan las cosas que no se pueden clasificar del todo. El sol de la tarde caía sobre las piedras de Chimalistac con esa calidad particular que yo ya había aprendido a reconocer: más antigua que el resto de la luz de la ciudad, como si en este barrio el tiempo hubiera acordado moverse a una velocidad ligeramente distinta.

Caminé hasta el parque y me senté en la misma banca donde semanas antes había escrito veinte minutos sin levantar la pluma. Abrí el cuaderno en una página en blanco y escribí durante un rato, no notas de

investigación sino algo más parecido a lo que estás leyendo ahora: la descripción de un lugar, de una tarde, de una mujer que llevaba diez años custodiando objetos para alguien que finalmente había llegado.

Y la pregunta, que escribí al final sin anticipar que iba a escribirla, de si ese alguien era Enrique, que había llegado y se había ido con la daga y sin ella, o si era yo, que había llegado después y que seguía volviendo sin terminar de saber por qué.

O si los dos éramos parte de la misma respuesta a una pregunta que alguien había formulado hace cuatro siglos y que todavía no había terminado de recibir lo que pedía.

Esa noche llamé a Enrique para contarle lo que Remedios me había dicho sobre el nieto que nunca apareció y sobre doña Higinia poniendo todo ahí para alguien específico. Escuchó en silencio durante más tiempo del que habría necesitado para procesar la información, lo cual me indicó que la estaba procesando de otra manera.

—Entonces ella sabía —dijo finalmente.

—O al menos anticipaba —dije—. Que alguien de la familia terminaría llegando.

—¿Y si hubiera llegado antes? —dijo Enrique—. ¿Si hubiera llegado hace veinte años, o hace cincuenta? ¿Si hubiera sido otra persona?

—No lo sé —admití.

—Yo sí lo sé —dijo Enrique, con una certeza tranquila que no había escuchado antes en su voz—. Habría pasado lo mismo. Porque no depende de quién llega. Depende de la daga. De lo que la daga activa en quien la toca. —Una pausa—. Mi abuela lo sabía. Por eso la placa. Por eso el museo. Para que estuviera ahí pero protegida, en un lugar donde nadie pudiera llevársela sin hacer algo deliberado y consciente para hacerlo.

—Y usted la llevó de todas formas —señalé.

—Y la devolví de todas formas —dijo Enrique—. Tal vez eso también estaba calculado.

No respondí de inmediato. Había en esa observación algo que yo había estado rondando durante semanas sin atreverme a formularlo directamente: la posibilidad de que todo lo que había ocurrido, incluyendo el robo y la devolución y los sueños y Isidro y el vendedor de billetes que no existía, hubiera sido no un accidente sino un proceso. Que la cadena no se hubiera roto sino completado.

Que doña Higinia, al dejar la daga en ese museo con esa placa y ese fideicomiso, no estuviera impidiendo que algo ocurriera sino asegurándose de que ocurriera de la única manera que podía terminar bien: con alguien que la tomara, que viviera lo que tenía que vivir, y que la devolviera.

—¿Cree usted eso? —le pregunté a Enrique.

—No lo sé —dijo—. Pero me ayuda a dormir creerlo.

Colgamos poco después y me quedé un rato en el silencio de mi oficina, con el cuaderno abierto frente a mí y la ciudad haciendo su ruido habitual afuera. Escribí la última línea de esa entrada con la letra más cuidadosa que pude: *La placa siempre estuvo. Nosotros llegamos a leerla cuando teníamos que leerla.*

Y cerré el cuaderno con la sensación, que no intenté analizar, de que algo que había estado abierto durante mucho tiempo acababa de cerrarse. No del todo. Pero lo suficiente.

Capítulo 12

Lo que el historiador no pudo escribir

Ciudad de México, 2024.

Hay una cosa que los historiadores aprendemos en los primeros años de la carrera y que pasamos el resto de nuestra vida profesional intentando practicar con resultados variables: la distinción entre lo que ocurrió y lo que podemos demostrar que ocurrió.

Son conjuntos distintos, y la honestidad intelectual consiste en no confundirlos, en no presentar como certeza lo que es inferencia ni como inferencia lo que es especulación.

Es una disciplina que requiere práctica constante porque el cerebro humano está construido para la narrativa, para la causalidad, para el cierre, y la historia como disciplina exige exactamente lo contrario: la disposición a dejar abierto lo que no puede cerrarse con honestidad.

Yo he practicado esa disciplina durante veinte años. Y es precisamente por eso que lo que voy a contar en este capítulo me ha costado más que cualquier otra cosa en este libro.

Faltaban dos semanas para que yo considerara terminado el manuscrito cuando ocurrió. Estaba trabajando en mi oficina de la universidad una noche, revisando las notas finales, cuando me di cuenta de que había un expediente que no había consultado y que aparecía referenciado en una de las anotaciones marginales de Fuentes: un legajo del fondo de Inquisición del Archivo General de la Nación, catalogado con un número que yo había anotado meses atrás y que nunca había ido a buscar directamente porque las referencias cruzadas me habían llevado a pensar que no contendría nada que no hubiera visto ya en otros fondos.

Fui al día siguiente. El archivista de turno no era Fuentes sino un joven de lentes gruesos que se llamaba Mendoza y que localizó el legajo con una eficiencia que Fuentes, en su parsimonia veterana, habría encontrado ligeramente presuntuosa.

—Aquí tiene —me dijo Mendoza, depositando el legajo sobre la mesa de consulta—. Es un fondo poco consultado. Creo que usted es el segundo o tercer investigador que lo pide en los últimos diez años.

—¿Sabe quién lo consultó antes? —pregunté.

Mendoza revisó el registro de consultas con el dedo.

—Hay dos entradas anteriores —dijo—. Una de hace ocho años, un investigador de El Colegio de México. Y otra de hace unos meses. —Frunció el ceño ligeramente—. Esta segunda no tiene nombre completo. Solo dice: *E. de S. y V.* —Me miró—. Raro. Normalmente pedimos identificación completa.

No dije nada. Firmé mi propia entrada en el registro y abrí el legajo.

Era exactamente lo que esperaba: documentos procesales del Santo Oficio del siglo XVII, expedientes de casos menores, declaraciones de testigos en procesos por brujería y hechicería que no habían llegado a ninguna conclusión dramática.

Lo revisé con la paciencia de quien sabe que los archivos raramente dan lo que uno busca pero a veces dan algo que no estaba buscando. Y en el penúltimo folio del legajo, intercalada entre dos declaraciones de testigos que no tenían ninguna relación visible entre sí, encontré una hoja suelta.

Era de un papel distinto al del resto del legajo. No más nuevo, no más viejo, pero distinto en una manera que no supe articular con precisión cuando lo toqué por primera vez. Estaba escrita en castellano del siglo XVII, con una caligrafía que no correspondía a ninguna de las manos que habían producido el resto del legajo. Y estaba firmada.

La firma era: *Don Juan Manuel de Solórzano.*

Me quedé mirando esa firma durante un tiempo que no intenté medir. Luego, con la lentitud de quien sabe que lo que está haciendo va a cambiar algo, leí el texto completo. No lo voy a reproducir aquí. He pensado mucho en esa decisión y cada vez que la examino llego a la misma conclusión: hay cosas que ganan poder en el momento en que se nombran, y hay razones para no darles más superficie de la estrictamente necesaria.

Lo que sí puedo decir es que el texto era breve, que estaba redactado en primera persona, y que su contenido describía algo que solo podría haber sido escrito por alguien que sabía con exactitud lo que ocurriría cuatro siglos después de que lo escribiera.

Llamé a dos paleógrafos ese mismo día, por separado, enviándoles fotografías del documento sin contexto. La respuesta de ambos fue la misma: la caligrafía era consistente con el siglo XVII pero presentaba anomalías que no sabían explicar. La tinta era de la época. El papel era de la época.

Pero había algo en la composición química de la tinta, según uno de los paleógrafos que hizo un análisis más detallado, que no correspondía a ninguna fórmula conocida del periodo. No era moderna. No era antigua. Era, según sus palabras exactas en el correo electrónico que conservo, *de una procedencia que no puedo determinar.*

Le mostré el documento a Enrique una tarde, en mi oficina, sin decirle de antemano lo que iba a mostrarle. Lo leyó en silencio, con una concentración que fue aumentando a medida que avanzaba. Cuando terminó, me devolvió la hoja con un cuidado que revelaba que había entendido exactamente lo que tenía en las manos.

—¿Qué dice usted que es esto? —me preguntó.

—No lo sé —dije, que era la única respuesta honesta.

—¿Lo va a incluir en el libro?

—No voy a reproducirlo —dije—. Pero voy a mencionarlo.

Enrique asintió despacio, mirando la hoja que yo había vuelto a tomar.

—¿Y si alguien quiere verlo? —dijo—. ¿Si alguien quiere verificarlo?

—Está en el archivo —dije—. Catalogado con su número de legajo. Cualquiera puede ir a buscarlo.

—¿Y si cuando vayan no está? —dijo Enrique.

No respondí. Era la pregunta correcta y no tenía una respuesta que fuera simultáneamente honesta y tranquilizadora. Devolví el documento al archivo esa misma tarde, en el folio exacto donde lo había encontrado, y pedí al archivista Mendoza que me confirmara que el legajo quedaba correctamente resguardado. Mendoza lo confirmó con la eficiencia de siempre.

No he vuelto a consultar ese legajo. He pensado en hacerlo varias veces y cada vez he decidido no hacerlo, sin examinar demasiado los motivos de esa decisión. Hay cosas que es suficiente con haber encontrado una vez.

Lo que sí hice fue consultar al doctor Pedraza, en su oficina de la facultad, con la misma conciencia de lo que estaba a punto de hacer que Enrique había tenido frente a la vitrina de Chimalistac.

—Armando —le dije—, si un documento del siglo XVII apareciera firmado por alguien cuya existencia no puede probarse pero tampoco descartarse, y si ese documento describiera con precisión eventos que ocurrirían cuatro siglos después de haber sido escrito, ¿qué haría usted con él?

Pedraza me miró por encima de los anteojos con la expresión de quien reconoce que la pregunta es más personal de lo que su formulación sugiere.

—Dependería de lo que dijera —dijo.

—Suponga que prefiere no decirme lo que dice.

Hubo una pausa larga en la que Pedraza tamborileó suavemente sobre su escritorio con dos dedos, lo cual en él era la señal de que estaba pensando de verdad.

—Lo guardaría —dijo finalmente—. Y escribiría alrededor de él sin reproducirlo. De modo que quien supiera buscar pudiera encontrarlo por su cuenta y llegar a sus propias conclusiones.

—¿Y si al buscarlo no lo encontrara?

Pedraza dejó de tamborilear.

—Entonces —dijo, con una lentitud que sugería que estaba eligiendo cada palabra— tendría usted la certeza de que lo vio. Y esa certeza tendría que ser suficiente.

Salí de su oficina con esa frase y la he llevado conmigo desde entonces. Porque es suficiente. No cómoda, no satisfactoria, no del tipo de certeza que se puede compartir en un congreso académico con aparato crítico y notas al pie.

Sino suficiente en el sentido más elemental de la palabra: lo bastante para seguir adelante, lo bastante para escribir este libro, lo bastante para decirle al lector que hay cosas en este mundo que el método histórico no puede contener y que esa incapacidad no es una falla del método sino el método señalando, con toda la honestidad de que es capaz, los bordes de su propio territorio.

Más allá de esos bordes hay algo. No sé qué es. Pero estuvo ahí, en un folio de un legajo del Archivo General de la Nación, firmado con un nombre que llevaba cuatro siglos esperando ser leído por alguien que supiera lo que significaba.

Y fui yo quien lo leyó. O fui yo el siguiente en la cadena de quienes lo han leído. Todavía no sé si hay diferencia entre esas dos cosas.

Hay una última cosa que debo consignar, y que he dejado para el final de este capítulo no por orden narrativo sino porque es la que más me ha costado decidir incluir.

La noche en que terminé de revisar el manuscrito completo, antes de enviárselo al editor, lo leí de principio a fin como lo habría leído cualquier lector que no supiera nada de lo que había ocurrido realmente. Y en algún punto de esa lectura, en uno de los capítulos intermedios, encontré un párrafo que yo no recordaba haber escrito.

No era un párrafo largo. Era cuatro líneas, intercaladas con naturalidad en el cuerpo del texto, con mi voz y mi estilo, perfectamente integradas al argumento que las rodeaba. Lo leí dos veces para asegurarme de que no era un problema de memoria.

Luego busqué en el archivo del procesador de texto el historial de cambios del documento, que registra cada modificación con hora y fecha. El párrafo no aparecía en ningún registro. No había sido escrito en ninguna sesión que el historial pudiera identificar. Estaba ahí, en el texto, como si siempre hubiera estado.

No voy a reproducir ese párrafo aquí. Por la misma razón por la que no reproduce el documento del archivo: porque hay cosas que ganan poder cuando se nombran. El lector que llegue a ese párrafo en su lugar correspondiente del libro tendrá que decidir por sí mismo si lo reconoce

como algo que no debería estar ahí. O si lo lee sin notarlo, que es igualmente posible y quizás más perturbador.

Lo que hice fue dejarlo. Lo pensé durante varios días, consideré borrarlo, y finalmente decidí dejarlo exactamente adonde estaba, exactamente como estaba, porque borrar algo que no puse yo no me pareció que fuera mi decisión.

Esa elección, lo reconozco, puede decir más sobre el estado en que me dejó esta investigación que cualquier otra cosa que haya escrito en este libro.

Epílogo

Lo que las leyendas saben que nosotros hemos olvidado

Terminar un libro sobre algo que no termina es un ejercicio de humildad que nadie te enseña en la carrera. Te enseñan a construir argumentos, a sostenerlos con evidencia, a cerrarlos con conclusiones que tengan el peso suficiente para justificar todo lo que vino antes.

Lo que no te enseñan es qué hacer cuando el material se resiste al cierre, cuando cada vez que intentas poner el punto final encuentras que la historia ha seguido moviéndose un poco más allá de donde creías haberla dejado.

Este libro ha sido eso. Un intento de poner punto final a algo que no tiene punto final, y la aceptación gradual de que ese intento era, desde el principio, la forma más honesta de contarlo.

Lo que he aprendido, después de todo lo que está en estas páginas, es que las leyendas no son lo que creemos que son. No son errores de la razón. No son fantasías que las personas sin educación construyen para explicar lo que no entienden. No son residuos de una mentalidad superada que el progreso histórico va dejando atrás.

Son otra cosa, más difícil de nombrar y por eso mismo más difícil de descartar: son la forma en que las culturas registran experiencias que el lenguaje ordinario no tiene herramientas para contener. Son el archivo de lo que no cabe en los archivos.

La leyenda de Don Juan Manuel de Solórzano lleva cuatro siglos en la memoria de esta ciudad. Ha sobrevivido la Colonia, la Independencia, la Reforma, la Revolución, el siglo XX y lo que llevamos del XXI. Ha sobrevivido sin documento que la pruebe y sin refutación que la deshaga.

Ha sobrevivido porque responde a algo que ninguna de esas épocas históricas ha podido resolver del todo: la pregunta de qué ocurre cuando un ser humano lleva su desesperación hasta el punto en que las reglas ordinarias del mundo dejan de ser suficientes, y la pregunta de si hay algo del otro lado de esas reglas que responda cuando alguien llama con suficiente insistencia.

Enrique de Solórzano y Vélez vive hoy en la Ciudad de México. Tiene trabajo en el Ministerio Público, tiene el dinero de la lotería todavía en su cuenta, y ha decidido, según me dijo la última vez que nos vimos, no buscar a su padre.

No porque haya resuelto ese pendiente sino porque ha llegado a la conclusión de que hay cosas que es mejor dejar donde están, que algunas puertas se cierran solas por algo y que forzarlas no siempre produce lo que uno espera. Es una sabiduría modesta y ganada a un precio que prefiero no cuantificar, pero es sabiduría al fin.

Los sueños, me dijo, son normales. O lo que él recuerda como normal.

La daga está en su vitrina en el museo de la colonia Chimalistac. Remedios lleva diez años custodiándola con la devoción silenciosa de quien sabe que lo que guarda importa aunque no sepa del todo por qué.

La placa de Higinia Talavera de Solórzano sigue junto a la vitrina, con su advertencia intacta, esperando a quien llegue a leerla con los ojos correctos. El retrato sin nombre del caballero novohispano sigue en su rincón en penumbra, mirando hacia un punto que nadie más ve.

Isidro Velázquez sigue en la entrada del metro Centro Médico, lustrando zapatos con las manos que le quedan, riéndose con sus clientes con esa risa que no le pide nada al mundo y que el mundo, en su generosa indiferencia, le devuelve sin cobrarle.

El documento firmado por Don Juan Manuel de Solórzano está en el Archivo General de la Nación, en el legajo que cualquier investigador puede solicitar con su número de catálogo. O estaba ahí la última vez que alguien lo buscó. Lo que ocurra cuando usted vaya a buscarlo, si es que va, es algo que no puedo garantizar.

Lo que sí puedo decir es que yo lo vi. Y que lo que decía, que no he reproducido aquí por razones que he explicado y que mantengo, era suficientemente específico como para que no pueda atribuirlo a ninguna causa que me resulte completamente satisfactoria.

Lo que me queda, después de todo esto, no son respuestas. Son preguntas mejor formuladas. Y eso, después de veinte años de hacer este trabajo, es lo más parecido al progreso que conozco.

Las leyendas saben cosas que nosotros hemos olvidado. No sabemos qué cosas exactamente, ni de qué manera las saben, ni quién se las dijo originalmente. Pero su persistencia, esa pertinacia que lleva cuatro siglos resistiendo todo lo que la historia ha intentado ponerle encima, es en sí misma una forma de conocimiento.

El conocimiento de que hay preguntas que el mundo no responde en los términos en que las formulamos, sino en los suyos propios, a su propio ritmo, con una paciencia que hace que cualquier impaciencia nuestra parezca provinciana.

Don Juan Manuel de Solórzano salió una última noche a la calle de Uruguay y no regresó. La ciudad dejó de hablar de él con la misma facilidad con que había empezado, como si el silencio fuera también parte del ritual. Cuatro siglos después, un hombre que llevaba su apellido llegó a una casona de Chimalistac y encontró una daga y una advertencia y una historia que lo estaba esperando sin saber que lo estaba esperando.

Y un historiador que llegó buscando una leyenda encontró algo que no sabe cómo llamar pero que tampoco puede ignorar, y que ha decidido dejar consignado en estas páginas con la esperanza de que quien lo lea pueda hacer con ello algo más útil de lo que él ha podido hacer.

O con la certeza, más honesta, de que quien lo lea tendrá que decidir por sí mismo qué hacer. Porque eso es lo que las historias que viven en el borde entre la realidad y lo que no podemos nombrar le exigen a quien las recibe: no una conclusión sino una elección.

La elección de seguir preguntando o la de dejar la pregunta donde está, en ese espacio intermedio donde las leyendas guardan lo que saben, esperando con esa paciencia enorme e impersonal a que alguien vuelva a preguntar la hora.

Hay una tentación, al final de un libro como este, de ofrecer al lector algo que se parezca a la tranquilidad. De decirle que todo lo que ocurrió tiene una explicación que simplemente no hemos encontrado todavía, o que la razón humana es suficientemente potente como para contener, tarde o temprano, cualquier cosa que se le ponga enfrente. Es una tentación comprensible. Es también, en este caso, una mentira que no estoy dispuesto a decir.

Lo que sí estoy dispuesto a decir es esto: que vivir con la incomodidad de no saber es posible. Que Enrique de Solórzano y Vélez lo hace, y que yo lo hago, y que probablemente el lector también ha tenido que hacerlo en algún momento de su vida frente a alguna cosa que no cuadraba del todo con el mapa que tenía del mundo. La incomodidad no desaparece.

Pero tampoco aplasta. Se vuelve parte del paisaje, algo que uno aprende a mirar sin que lo paralice, como se aprende a mirar cualquier cosa que no se puede cambiar pero que tampoco se puede ignorar del todo.

Lo que me ha dado esta historia, en últimas, no es la certeza de que los pactos existen o de que el demonio opera en las calles de la Ciudad de México o de que hay documentos del siglo XVII que describen el futuro.

Lo que me ha dado es algo más modesto y más difícil de articular: la convicción de que el mundo es considerablemente más amplio que los mapas que tenemos de él, y de que esa amplitud no es una amenaza sino una invitación. Una invitación a preguntar con más cuidado, a escuchar con más atención, y a resistir la tentación de cerrar lo que todavía no puede cerrarse honestamente.

Las leyendas llevan cuatro siglos haciéndonos esa invitación. El problema es que generalmente no la reconocemos como tal hasta que ya estamos dentro de ellas. Y cuando estamos dentro, ya es demasiado tarde para decidir si queremos entrar.

Termino con una observación que he guardado para el final porque no sabía dónde ponerla sin que interrumpiera el flujo de lo que la precede, y que aquí, en este espacio que el epílogo permite, tiene el lugar que merece.

Unas semanas después de que entregué el manuscrito a mi editor, recibí un correo electrónico de una dirección que no reconocí. El asunto decía simplemente: *la leyenda*. El cuerpo del mensaje contenía una sola línea, escrita en castellano con una ortografía que no correspondía a ninguna convención moderna: *quien pregunta recibe respuesta*.

Intenté rastrear la dirección. No existía. El servidor que supuestamente la había generado no aparecía en ningún registro que los técnicos de la universidad pudieran encontrar. El correo estaba ahí, en mi bandeja de entrada, con su hora de recepción y su asunto y su línea de texto, y no había ninguna manera de explicar de dónde había venido.

No le respondí. He pensado mucho en esa decisión y cada vez que la examino llego a la misma conclusión: hay preguntas que es mejor no formular si uno no está dispuesto a vivir con las respuestas que producen. Y esta, en particular, era una pregunta cuya respuesta yo ya conocía demasiado bien como para necesitar formularla de nuevo.

Le reenvié el correo a Enrique sin comentario. Me respondió al día siguiente con dos palabras: *yo tampoco*.

No hemos vuelto a hablar de eso. Pero tampoco hemos dejado de reunirnos en la cafetería de la colonia Narvarte, con la regularidad tranquila de dos personas que comparten algo que no necesita nombrarse para existir entre ellas. Tomamos café. Hablamos de otras cosas.

A veces uno de los dos hace una pausa un poco más larga de lo necesario y el otro espera, y en ese silencio cabe todo lo que este libro ha intentado decir y que ningún libro puede decir del todo.

La calle de Uruguay sigue ahí. De noche, si uno se detiene en el tramo entre el eje central e Isabel la Católica, hay un momento en que el ruido de la ciudad disminuye de manera perceptible y uno queda durante unos segundos en una pausa acústica que puede durar lo que dura una pregunta breve.

He aprendido a no quedarme ahí demasiado tiempo.

Lo cuento como me consta que fue.

Rodrigo Bernal Cienfuegos Ciudad de México

—FIN